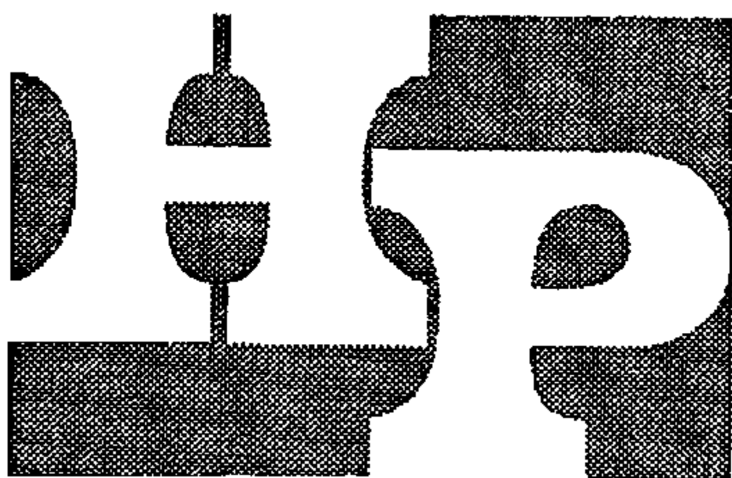
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

ADIOS A UN PISTOLERO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

ADIOS A UN PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 40
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 40

Publicación semanal
Aparece los JUEVES
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA
- BUENOS
AIRES - CARACAS
- MEXICO
Impreso en España —Printed in Spain

1.º edición: Septiembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este relato está basado en un episodio de la vida de un hombre llamado Ray Cope, quien, a juicio del historiador americano James Olwer, «pudo convertirse en el pistolero más famoso de Estados Unidos, pues reunía raras condiciones para ello: audacia, sangre fría y una extraordinaria habilidad para valerse del revólver, hasta el punto de que Jesse James, a su lado, sólo hubiera sido un principiante».

CAPÍTULO PRIMERO

El cielo arrojaba cataratas de agua sobre la tierra. Los tres jinetes fustigaron sus caballos y éstos descendieron rápidamente por la colina.

Al llegar a la cumbre, un relámpago iluminó la noche.

—¿Lo habéis visto, muchachos? —indicó Herbert Richard—. Hay una cosa allá abajo.

—Sí —convino Smiler Jackson—. Y está justo donde nosotros la necesitamos. La suerte nos acompaña.

—¿Y por qué hemos de detenernos? —preguntó el tercer jinete, Ray Cope—. Ya estamos mojados hasta la médula. Yo opino que debemos continuar.

—¡Al diablo con tus monsergas! —exclamó Herbert Richard—. No vamos a estar por ahí toda la noche soportando la lluvia. Podemos secar las ropas con una buena lumbre y tampoco nos vendrá mal un bocado.

Smiler Jackson emitió una risita:

—No sé aún cómo os he metido en esto. Siempre estáis como el perro y el gato.

Ray Cope carraspeó:

—El plan es bueno, Smiler, pero lo será más si no nos dejamos ver por nadie. Eso es lo único que me preocupa. La gente tiene ojos. Recuerdo lo que le pasó a cierto amigo. Creyó que era un tipo sabio y preparó lo que iba a hacer hasta el último detalle, pero cometió un error. Al llegar la hora de la verdad, un fulano le echó la vista encima, y cuando mi amigo voló, soltó su descripción. Bastaron tres días solamente para que cazasen al sabihondo y lo colgasen de una encina.

—Las tristes historias de Ray Cope —desdeñó Herbert,

parodiando la voz de su compañero. Y luego de hacer una pausa, añadió—: Nosotros somos tres hombres y sabemos cómo manejar a la gente que mira demasiado. Sigo pensando como el jefe que ese refugio está puesto ahí para nosotros.

Ray y Herbert guardaron silencio a la espera de la decisión que debía salir de los labios de Smiler Jackson. Éste dejó transcurrir unos segundos y, por fin, chasqueó la lengua:

—No quiero dar la razón a ninguno de los dos, pero yo soy el que manda y digo que vamos a detenernos en esa casa.

—Pero Smiler… —empezó a decir Ray Cope.

—Cállate, muchacho —lo atajó Jackson—. Será mejor que te vayas acostumbrando a no discutir mis órdenes.

—Está bien.

—Adelante, chicos. Pero tomadlo con un poco de calma. Herbert vendrá conmigo por la puerta principal y tú, Ray, darás la vuelta. No utilicéis los revólveres si no es necesario. ¿De acuerdo?

Ray Hope y Herbert Richard emitieron simultáneamente un gruñido de asentimiento.

Jackson emprendió el descenso de la colina seguido de sus compañeros.

Ray se separó de ellos cuando se aproximaban a la casa dirigiéndose hacia la parte de atrás.

Jackson y Richard lo vieron desaparecer e inmediatamente pusieron pie a tierra y avanzaron sobre el lodazal, con las botas hundidas hasta el tobillo.

Salvaron la verja que defendía la casa saltando por encima de ella, y luego extremaron sus precauciones acercándose paso a paso hacia una ventana en donde había luz.

Llegaron ante ella y Jackson acercó su cara.

Vio una mesa con varias sillas alrededor. Hacia la derecha quedaba la chimenea en cuyo hogar crepitaban unos leños. Junto a él, sentada en el suelo, había una niña de seis o siete años que jugaba con una muñeca a la que faltaba un brazo. Jackson detuvo sus ojos en la botella de *whisky* que había sobre la repisa de la chimenea y se mojó los labios con la lengua sintiendo las fauces secas.

—Vamos, Herbert —dijo.

—¿Algún hombre? —preguntó Richard mientras iba con su jefe

hacia la puerta.

—Sólo he visto a una niña, pero debe haber alguien dentro, en alguna de las habitaciones.

Jackson puso la mano en el tirador de la puerta y lo impulsó hacia abajo con suavidad, evitando hacer ruido. Luego empujó la puerta.

Pasó al interior rápidamente y tras él lo hizo Herbert. La niña oyó los pasos y volvió la cabeza mirándolos con curiosidad.

Hubo una larga pausa.

—Mi papá no está —anunció la niña.

—Qué lástima —repuso Smiler.

—Vosotros sois amigos suyos, ¿verdad? —preguntó la pequeña, iniciando una sonrisa.

—Desde luego. Somos muy amigos.

La niña mostró la muñeca en alto.

—Se llama Linda y es muy buena. Se le cayó un brazo. Pero el doctor Lewis vendrá un día y le pondrá otro. Lo cura todo y hasta pone brazos.

Smiler y Herbert estaban de pie, inmóviles, con las manos rozando las culatas de sus armas. Poco a poco se había ido formando un charco junto a sus pies.

De pronto, un grito femenino brotó de la parte interior de la casa y en seguida la voz de Ray Cope dijo:

—No se asuste, señora. No voy a hacerle nada.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha entrado de esa forma?

—Me encuentro de paso con unos amigos y nos sorprendió la tormenta. ¿Quiere pasar al comedor? Ellos deben estar ya allí.

Hubo una pausa. Smiler y Richard tenían los ojos fijos en la puerta de la izquierda de donde venían las voces.

Se oyó ruido de pasos. La puerta se abrió dando paso a una mujer. Detrás de ella, apareció Ray Cope.

Herbert Richard la observó de pies a cabeza y ella se sintió turbada bajo aquella mirada porque tuvo la impresión de que la estaba desnudando.

Jackson cruzó los brazos e inquirió:

—¿Cómo te llamas?

—Elsa.

—Muy bien, Elsa. ¿Dónde está tu hombre?

La joven no respondió al momento. Miró hacia la niña que con la muñeca junto a su pecho escuchaba la conversación. Por fin, volvió los ojos a Jackson.

—Se marchó esta tarde a la ciudad.

—Y supongo que estará a punto de llegar.

—Sí, no tardará mucho.

—Al decir a la ciudad, ¿te refieres a Renford?

—Sí.

Smiler se acarició la poblada barba.

—Tu hombre debe confiar mucho en ti.

Herbert Richard lanzó una carcajada.

Las mejillas de la joven se arrebolaron. Luego, Jackson dijo:

—Renford queda a unas quince millas de esta casa. ¿Qué hace tu hombre tan lejos?

—Mi… marido tiene algunas tierras cerca del río.

—Agricultor, ¿eh?

—Sí.

—¿Es toda la familia?

—Sí.

—¿Ningún peón?

—Mi marido se basta solo.

—¿A qué distancia está vuestro más próximo vecino?

—A unas once millas.

—¿Cuál es su nombre?

—Rex Lander.

—¿Acostumbra a venir aquí?

—Algunas veces lo hace, pero no creo que se deje ver esta noche.

Jackson emitió un gruñido de conformidad y luego dijo:

—Te pagaremos todo lo que comamos y bebamos. Hubo una pausa. La joven interrogó:

—¿No me preguntan si deseo darles de comer y de beber?

Smiler entrecerró los ojos, observándola.

Herbert Richard rió de nuevo y murmuró:

—Es brava, como las que a mí me gustan.

Ray Cope, por detrás de la joven, advirtió:

—Será mejor que cierres la boca, Herbert.

Richard miró a su compañero con un brillo de rabia en los ojos.

—¿Quién lo dice?

—¡Basta ya! —intervino Jackson. Y después del silencio que se produjo, añadió dedicando una sonrisa a la muchacha—: No somos malas personas, Elsa, cuando se nos trata como queremos. Y lo que te pedimos es muy poco. Un poco de comida, café —desvió la cabeza hacia la repisa de la cocina—, y tampoco nos vendrá mal aquella botella de *whisky*. —Se metió la mano bajo la chaqueta de piel de becerro y extrajo una bolsa que dejó sobre la mesa, concluyendo—: Y aquí hay dinero para pagarlo todo.

Elsa se mantuvo inmóvil durante unos segundos y, finalmente, inquirió:

—¿Hasta cuándo van a estar aquí?

—Puede que sea una hora —contestó Smiler—, o dos o cuatro. Eso depende del tiempo. Pero en la seguridad de que a las cinco de la mañana, con rayos o truenos nos largaremos.

—Está bien —asintió Elsa—. Pueden acercarse al fuego y calentar sus ropas. Yo, entretanto, prepararé algo de comer.

Dio media vuelta para marcharse y Ray Cope se movió hacia la izquierda para dejarle libre el paso.

—¡Elsa! —llamó de pronto Jackson

La joven se volvió en el umbral.

—¿Qué quieren ahora? —preguntó.

—Nos gusta que nos jueguen limpio. —Echó una mirada hacia la niña—. Tu chiquilla es una linda criatura y tú querrás que llegue a ser una hermosa muchacha como tú.

Los labios de Elsa se comprimieron en un gesto de furia impotente y, por último, desapareció por la puerta de la cocina sin decir nada.

Herbert Richard lanzó una de sus estridentes risotadas:

—¿Visteis su genio, muchachos? Es como la hembra del puma. Capaz de soltar un zarpazo en el momento en que coge a su enemigo desprevenido.

—Os advertí que nos traería complicaciones —dijo Ray Cope, con voz brusca.

—¿Tienes miedo a una mujer? —inquirió Herbert Richard, sardónicamente.

—No se trata de eso. Debimos pasar de largo. Hemos venido aquí a lo nuestro, y eso es lo único que nos debe preocupar.

—Ya está bien, Ray —atajó Jackson—. Cada vez que abres la boca es para poner algún reparo. Cualquier día me hartaré.

Sobrevino un silencio mientras el rostro de Ray Cope se tornaba pálido.

—Tú, Ray, ocúpate de los caballos —ordenó Smiler—. Llévalos al cobertizo y dales un buen pienso. Mañana va a ser día de trabajo para ellos.

—Ya es tarde, Anne —dijo Elsa—. Debes acostarte.

—Quería quedarme. Este hombre debe saber muchos cuentos bonitos.

Jackson abrió su ancha boca:

—Cuando estés acostada, pequeña. ¿De acuerdo?

Herbert Richard había seguido con la mirada los movimientos de las caderas de Elsa y ahora se Secó con el dorso de la mano la barbilla manchada de *whisky* y dijo:

—Yo le contaría a ella uno que le gustaría mucho.

—Eres demasiado impulsivo, Herbert.

—Fíjese en ésa.

—¿Qué le ocurre?

—Todavía tengo ojos en la cara, jefe —sonrió Herbert—. Una cosa así no se encuentra todos los días.

—Bueno, no está mal. —Jackson echó otro trago.

—¡Por todos los infiernos! ¿Sólo se le ocurre eso? ¡No está mal! Palabra que no he visto otra como ella en todos los días de mi vida. Es justo mi tipo.

La puerta se abrió y Ray Cope entró chorreando agua. Cerró a sus espaldas y sacóse un pañuelo del bolsillo con el cual empezó a enjugarse el rostro.

Herbert Richard aseguró:

—Yo me jugaría la piel por ella, jefe.

Jackson se volvió hacia Ray:

—¿Lo has oído, muchacho?

Ray Cope meneó la cabeza en sentido negativo:

—No sé de qué hablaban.

—Dice que se arriesgaría a todo por la muchacha.

Capítulo II

Ray dejó correr unos segundos mientras sacudía el brazo. Cada vez que lo hacía dejaba un reguero de agua sobre el piso. Clavó la mirada en el rostro de Richard y dijo:

—No hemos venido a eso.

Jackson rió:

—¿Lo oyes, Herbert? Se refiere a que nuestro negocio está en otro sitio.

—Lo he oído, pero no hacía falta que hablase. Sabía cuál iba a ser su respuesta. —Hizo una pausa—. Pero quizá yo haga lo que quiera, contando con la autorización de usted, jefe.

Jackson parecía divertido con aquel diálogo y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó una bolsa de cuero y después de tantearla con los dedos, rezongó:

—Esa maldita lluvia se ha metido hasta aquí dentro. Me arruinó mi ración de tabaco. —Levantó los ojos mirando de hito en hito a Ray y a Herbert—. ¿Quién de vosotros dos tiene?

Ray buscó bajo su indumentaria y exhibió su bolsa. La arrojó al aire hacia Jackson.

Ray se preparó también un cigarro y mientras arrojaba la primera bocanada de humo, opinó:

—Debemos marchamos antes de que venga el marido.

Jackson no dijo nada porque estaba mirando de nuevo la botella en que quedaban un par de dedos de *whisky*.

Herbert Richard cogió una silla y la acercó al fuego sentándose a horcajadas. La había puesto de forma que pudiese observar la puerta por donde debía aparecer Elsa de nuevo. Luego dijo:

—Te preocupa mucho, ¿eh? ¿Tienes miedo de que aparezca ese sujeto y se líe a tiros con nosotros?

—No es eso, Herbert.

—¿Qué es, entonces?

—Me comprometí con vosotros para hacer algo. Lo llevaremos a cabo y ahí termina todo. No puede haber nada que nos aparte de nuestro camino. Ni siquiera una mujer.

Smiler Jackson se rascó un hombro, mientras exponía:

—Eso está bien, Ray. Siempre he respetado a los hombres que cumplen su palabra. Iremos a lo nuestro.

La puerta de la derecha se abrió y Elsa salió de la habitación y cerró con suavidad.

Se mantuvo un rato inmóvil observando a sus tres invitados.

—Les voy a preparar una sopa, pero necesito agua.

Herbert se levantó y sonrió diciendo:

—No tiene que preocuparse por eso, encanto. Yo iré por ella. Sólo tiene que decirme dónde está la bomba.

Un relámpago de ira brilló por unos instantes en los ojos de la muchacha.

—Atrás, junto al cobertizo —contestó.

—¿Y el cacharro para ponerla?

—En la cocina.

Ella echó a andar y Richard fue detrás. Llegados a la cocina, Elsa señaló una cacerola.

—Tráigala ahí.

Herbert cogió la olla y se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el tirador volvió la cabeza y con voz irónica preguntó:

—¿Habrá algún premio?

Elsa se sujetó el brazo izquierdo con la mano derecha y apretó los dedos con fuerza en la carne mirando desafiante a aquel hombre.

Herbert Richard soltó una risita y salió fuera.

Ella se quedó sola y pasándose una mano por la frente se puso a preparar la comida.

Al cabo de un rato oyó los pasos del joven que regresaba con el agua. La puerta chirrió y Herbert Richard apareció en el hueco.

Se había empapado otra vez la ropa con la lluvia y escupió a un lado. Cerró con la bota llena de barro y acercóse a Elsa tendiéndole la olla llena de agua.

La muchacha la puso sobre el hornillo. Luego echó dentro una

docena de patatas peladas y tomó un plato cuyo contenido, trozos de pan, echó también dentro del recipiente.

—No lo puedo creer —murmuró Herbert, apoyando la espalda en la pared de forma que pudiera verla de perfil.

—Sus compañeros lo están esperando.

El hizo como si no le hubiera oído y preguntó:

—No lo puedo creer… ¿Cómo es posible que hayas consentido en enterrarte en este cochino lugar?

Elsa volvió la cabeza y las aletas de su nariz palpitaron.

—No le importa a usted.

—Es sólo curiosidad, encanto. Chicas como tú no abundan por ahí.

—Ni tampoco los tipos como usted.

Herbert rió entre dientes.

—¿Por qué no se va? La comida estará dentro de poco.

—Ver continuamente al mismo hombre debe ser aburrido, ¿eh, chica?

—Es posible que tenga razón y por eso empieza a cansarme su cara.

Richard ladeó la cabeza fijando su mirada en el rostro de Elsa.

—Tienes contestación para todo.

—Vuelva al comedor, se lo ruego.

—Está bien, me iré, pero antes tienes que darme el premio, ¿no recuerdas? Fui por el agua.

Herbert dio otro paso hacia ella.

Elsa se mantuvo firme, pero alargó el brazo y cuando lo volvió hacia delante mostró en su mano un cuchillo.

—Si insiste mucho, quizá lo reciba.

Herbert observó la afilada hoja de acero, pero siguió riendo:

—¿Serías capaz de herirme con él, muchacha?

—Intente tocarme y lo verá.

—Cada minuto que pasa observo que eres más interesante, muchacha.

—Lárguese y no vuelva a pisar la cocina.

Richard caminó hacia la puerta, pero antes de abrir volvió la cabeza y preguntó:

—¿Ni siquiera para traerte agua?

—¡Para nada!

Herbert salió y después de cerrar desde el comedor observó que Ray Cope y Smiler Jackson le estaban mirando.

—Es una sorpresa —dijo Smiler.

—¿El qué? —preguntó Herbert.

—Pensé que Ray tendría que meterse en la cocina para sacarte.

Herbert miró a Cope que estaba junto a la chimenea con las manos extendidas hacia el fuego.

—¿Sufriste, Ray?

—No —contestó el interpelado—. Pensé que tendrías la cabeza sobre los hombros.

Smiler soltó una carcajada.

—¿Y la has tenido, Herbert? —preguntó—. Pero puede que haya sido porque la chica te enseñó las uñas.

Los músculos faciales de Richard se endurecieron.

—No necesito consejos de nadie —la respuesta de Herbert resonó como un latigazo porque su voz fue desabrida.

Hubo un gran silencio y Smiler Jackson se puso a andar hacia Richard.

Éste se mantuvo quieto. De pronto, Smiler cruzó el rostro de Herbert y éste se tambaleó sorprendido.

No llegó a caer, pero cuando hubo quedado otra vez inmóvil corrió la mano hacia el revólver.

Smiler exhibió su «Colt» como una centella y Richard no había hecho más que tocar la culata del suyo.

—¡Anda, Herbert, sácalo!

Richard continuó en la misma posición.

—¡Sácalo! —conminó Smiler—. ¡Y así podré volarte la tapa de los sesos!

Richard levantó la mano derecha vacía y se pasó un dedo por los labios. Luego rezongó:

—Lo siento, jefe.

—Lo sentirás más si vuelves a repetir esas palabras. —Jackson hizo una mueca feroz—. Y métetelo en la cabeza. Tú aceptarás todos los consejos que yo te dé.

—Sí.

—Y también te conviene recordar que con mis cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, soy el más rápido de los tres con el revólver.

—Lo sé.

—La próxima vez que hagas el menor gesto de desenfundar te meteré un balazo en el cuerpo para que no se te vuelva a olvidar.

Richard se humedeció los labios con la lengua:

—No habrá oportunidad. Perdí un poco la cabeza.

—Ray tenía razón. Parece que la pierdes con demasiada frecuencia.

Herbert dirigió una mirada de odio a Ray, el cual había sido testigo mudo de aquella escena.

Smiler Jackson metió el revólver en la funda y se volvió hacia la chimenea de cuya repisa tomó de nuevo la botella. Bebió un largo trago y miró el poco líquido que restaba.

—¿Es que no tendrán más *whisky* en esta casa? —murmuró—. Anda tú, Ray, pregúntaselo.

Ray dirigió una mirada de reconvención a Smiler y éste arrugó los ojos otra vez:

—¿No me has oído? Pregúntale si tiene más *whisky*.

—De acuerdo.

Ray Cope echó a andar y entró en la cocina.

—¿Tiene por ahí un poco de *whisky*?

—No hay más *whisky*.

Ella interrumpió el trabajo y lo miró a los ojos.

—¿Quiere cerciorarse?

—No hace falta. Lo sé. No hay.

—Gracias.

Elsa le miró un poco sorprendida y él fue a volverse, pero pareció pensarlo mejor y manifestó:

—Siento lo que ocurre, señora.

—Si es cierto que lo siente, márchese de aquí cuanto antes.

Ray sacudió la cabeza de arriba abajo y salió fuera.

Jackson lo estaba esperando acodado en la mesa.

—Dice que se le acabó el *whisky* —anunció.

Smiler frunció el entrecejo.

—Maldita sea —contempló otra vez el *whisky* de la botella—. ¿Estás seguro, Ray?

—Desde luego. ¿Por qué iba a mentir en una cosa así?

—Quizá tenga miedo de que alguno de nosotros se emborrache.

—No lo creo. Esta gente es poco bebedora. Vive solamente del trabajo y tiene pocas oportunidades de fiestas.

—¿Les conoces bien, eh?

—Sí, creo que sí.

Elsa entró en la estancia y se puso a colocar los platos en la mesa. Mientras fue de un lado a otro, los tres hombres no pronunciaron palabra alguna y la observaron en una atmósfera de creciente tensión. Más tarde, la joven distribuyó el contenido de la olla entre los tres platos.

Smiler Jackson probó la sopa. Luego hizo chasquear la lengua e indicó:

—Esto sabe bien. Pruébalo, Herbert.

Richard obedeció.

—No está mal —convino.

Ray Cope intervino sin que nadie le pidiese su opinión.

—Está hecha al estilo de Kentucky —miró hacia la joven, que estaba vuelta hacia el hogar dándoles la espalda—. Este sabor tan peculiar se lo da el orégano^

La joven volvió rápidamente la cabeza y cruzó su mirada con la de Ray.

—Kentucky, ¿eh? —dijo Herbert—. Nunca me ha gustado ese país.

Sus ojos estaban fijos en el rostro de Cope.

Hubo un silencio.

—¿Qué tiene de malo Kentucky? —preguntó Smiler Jackson.

—Allí vive la gente más hipócrita que he conocido.

Herbert se quedó esperando una respuesta de Ray, pero éste continuó comiendo como si no hubiese oído.

—Creo que no tienes razón, muchacho —expuso Smiler—. En todas partes hay gente mala. Los hipócritas no nacen sólo en un sitio.

Herbert continuó con la mirada clavada en Ray mientras decía:

—También son cobardes.

Jackson emitió una risita:

—¿Cuál es tu opinión, Ray?

El interrogado despachó la última cucharada de sopa y apartó el plato a un lado.

—Nuestro amigo Herbert es largo de lengua. Cierta vez tenía un amigo al que eso lo perdió. Hizo una cosa como se tenía que hacer y le salió perfecta, pero era jactancioso y se puso a hablar de ello sin

preocuparse de quien pudiera ser su oyente. Hoy en día está picando piedra en la penitenciaría del estado de Kansas.

Herbert Richard apretó los labios con fuerza.

—Las tristes historias de Ray Cope —murmuró por segunda vez en aquella noche—. Cualquier día me voy a cansar de ellas, Ray.

—¿Y qué va a pasar entonces? —preguntó Cope.

Richard sonrió.

—Es una sorpresa que te preparo.

—Me gustaría conocerla.

Jackson sorbió la última cucharada de líquido haciendo un gran ruido. Luego llamó tras dejar la cuchara sobre el plato vacío:

—¡Eh, muchacha!

Elsa se volvió desde el hogar:

—¿Qué quiere?

—Tendrás alguna otra cosa, tocino, huevos, o quizá alguna clase de pescado salado…

—Sólo hay tocino y huevos.

—Pues prepara una buena fritura. Te lo pagaremos todo, ¿sabes? Somos gente honrada.

Elsa se fue otra vez a la cocina.

En aquel momento arreció la lluvia, que golpeó con fuerza contra el techo.

Desde la cocina llegó el crepitar del aceite. De pronto, Jackson pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Herbert.

—Estoy pensando en ese tren…, con este tiempo puede traer retraso.

—Todo consistirá en que esperemos una o dos horas —opinó Ray.

—No me gustaría. Las cosas cuando empiezan a torcerse toman un feo aspecto.

Herbert carraspeó diciendo:

—La lluvia no hace daño a los rieles. Yo creo que contribuye a que el tren avance más de prisa. Por ello debemos estar más pronto allí, por si acaso.

—¿Qué dices tú, Ray? —preguntó Jackson.

—Ésta vez estoy con Herbert. Haremos bien en adelantar una

hora.

—De acuerdo. —Jackson sacó un reloj de un bolsillo interior y lo consultó—: Son las ocho. Nos pondremos en camino a las doce.

—Daremos tiempo a que el marido llegue —opuso Ray, mirando hacia la puerta de la cocina.

—¿Y qué más da? —retrucó Smiler—. Ese labriego se comportará como los buenos. Debe querer mucho a su mujer y a la niña y no nos buscará complicaciones.

—Yo me aseguraría —opinó Herbert.

Ray lo miró con ojos fijos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Smiler rió por lo bajo:

—Herbert se la quiere llevar. Eso es lo que le pasa. No he visto nunca a nadie a quien se le meta más pronto una mujer en el tuétano.

—No lo consentiré —advirtió Ray—, si es a eso a le que se refiere.

Herbert apretó los puños sobre la mesa.

—¿Lo vas a impedir tú, Ray?

—Si es necesario, sí, lo voy a impedir.

Herbert miró a Jackson.

—¿Lo ha oído? Parece que quiere quitarle el puesto, jefe.

Smiler se acarició el mentón mientras decía:

—No le daré esa oportunidad porque la chica se va a quedar aquí. No se hable más del asunto. ¿De acuerdo, Herbert?

—Sí —admitió Richard, de mala gana.

Los tres hombres comieron otra vez en silencio.

Estaban terminando el segundo plato cuando fuera se oyó el chirriar de unas ruedas y los tres quedaron inmóviles.

—¿Quién es? —preguntó Smiler, sin volver la cabeza.

La respuesta les llegó desde la ventana:

—Mi… marido.

—¿Lo ves desde ahí?

—¿Viene solo?

—Desde luego. Ahora va hacia el cobertizo y descubrirá los caballos.

—¿Y qué hará entonces?

—Nada. Entrará en la casa. Pensará que ustedes son conocidos.

—¿Por dónde entrará?

—Por la puerta trasera.

Hubo una larga pausa y de pronto Elsa se volvió y echó a andar hacia la cocina.

—¡Muchacha! —la llamó Smiler.

Ella se detuvo:

—¿Qué quiere?

—¿Adónde vas?

—A recibirle, naturalmente.

—Lo recibirás aquí, en nuestra presencia.

—¿Es que también me van a obligar a eso?

—Me gusta presenciar los recibimientos que hacen las esposas a sus maridos.

—Es usted un…

—¡Silencio! Quítate de ahí. Ponte junto a la chimenea. La joven se mantuvo quieta unos segundos pero finalmente, obedeció, yendo hacia el hogar.

Transcurrieron dos minutos, tres…

La puerta trasera se abrió y unos pesados pies se arrastraron por el piso de la cocina.

—¡Elsa! —llamó una voz varonil.

Jackson miró hacia la joven y le hizo un movimiento con la cabeza.

—¡Estoy aquí, Tony! —contestó ella.

Capítulo III

La puerta se abrió de un violento golpe y en el hueco apareció un hombre de regular estatura. Frisaba en los cuarenta años de edad y era de cabellos rojizos y rostro pecoso.

Se detuvo mirando a los tres hombres que había alrededor de la mesa.

—¡Tony! —exclamó Elsa, y corrió hacia él.

Fue un beso corto, rápido. Tony la miró al rostro y luego a los tres hombres que contemplaban aquella escena.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz ronca.

—Viajeros —respondió Elsa—. Pasaban por aquí y se refugiaron de la tormenta.

Tony detuvo los ojos en el revólver que había sobre la mesa, delante del hombre de más edad, tragó saliva y preguntó:

—¿Y la niña?

—Durmiendo —contestó Elsa.

Smiler Jackson carraspeó para aclararse la garganta:

—¿Cómo se llama, amigo?

—Trevor, Tony Trevor —declaró el dueño de la cabaña.

—Está bien, Tony. No hemos venido aquí a crear dificultades a nadie.

—Eso supongo.

—Tu mujer nos ha preparado una buena cena y antes de marcharnos os abonaremos el importe. Es lo justo, ¿no?

—No tengo por costumbre cobrar lo que se come en mi casa.

Hubo una pausa. Smiler Jackson se echó a reír.

—Eso está bien, Tony. Pero tú a nosotros no nos conoces y tu acto debe ser recompensado.

—Gracias.

No hay de qué darlas, muchacho. Todos tenemosque vivir.

—¿Se van a quedar mucho tiempo?

—Cuestión de tres o cuatro horas.

Tony meneó la cabeza débilmente en sentido afirmativo.

De pronto, Herbert Richard se puso a aplaudir mientras distendía los labios en una sonrisa.

—¿Por qué no lo repiten, muchachos? —inquirió—. Me refiero al beso.

Elsa lo fulminó con la mirada, pero Herbert no se inmutó y siguió diciendo:

—Es un cuadro enternecedor. El hombre honrado que trabaja para ganarse el pan de la familia llega a casa tras la dura jornada y su linda mujercita lo acoge entre sus brazos.

Tony Trevor dio un paso hacia Herbert, pero Elsa lo contuvo, sujetándolo por un brazo.

—Cálmate, Tony —murmuró.

El pelirrojo apretó fuertemente los labios, pero se mantuvo quieto.

Herbert lanzó una carcajada.

—A veces es bueno tener a nuestro lado a una mujer —dijo—. Uno se las puede dar de valiente porque sabe que si se ponen mal las cosas, ella nos librará del peligro.

Tony se desprendió de Elsa de un tirón y abalanzóse sobre Richard. Éste, sentado en la silla, disparó su pierna derecha, que fue a golpear en el estómago del pelirrojo, el cual lanzó un aullido de dolor y se dobló.

—¡Tony! —exclamó Elsa, y corrió hacia él, que se contorneaba en el suelo.

Ray Cope se levantó de la silla y caminó silenciosamente hacia la otra parte de la mesa.

Herbert Richard se reía con más ganas que nunca, observando a Tony y a Elsa.

De pronto, Ray alargó el brazo y tomó a Herbert por el cuello de la camisa. Lo izó como si fuera una pluma y luego le descargó un puñetazo en el pómulo.

Herbert salió lanzado hacia atrás con terrible fuerza y estrelló sus espaldas contra la pared cerca de la chimenea, donde estuvo a punto de derrumbarse.

El tiempo pareció detenerse en la cabaña.

Tony Trevor dejó de emitir sonidos y Elsa miró hacia los dos que se enfrentaban.

Smiler Jackson se mantenía quieto recostado en la silla, observando a sus compañeros.

Herbert Richard desorbitó los ojos y pasóse una mano por la parte de la cara en que había recibido el golpe. Se miró para ver si tenía sangre.

—¿Qué has hecho, Ray? —preguntó con voz temblorosa por la ira.

—Ya lo has visto —respondió Ray Cope—. Te he pegado.

—Sí, Ray. Me has pegado a traición… ¡Eres un sucio perro!

Ray Cope se mantenía erguido, con las piernas ligeramente abiertas en compás y los brazos separados de los costados.

—Estoy dispuesto a pegarte también cara a cara, Herbert. Llevo varias semanas soportándote y ya has agotado mi paciencia.

—¿De veras, Ray? —contestó Richard.

—Sí, Herbert. Se acabó —dijo Cope.

—Eso es bueno, pero no vamos a dilucidarlo a puñetazos.

—¿No?

—Es mucho mejor otra cosa. —Richard hizo una pausa—. Lo haremos con las pistolas.

Ray Cope entrecerró los ojos.

—No es mala la idea —contestó.

—Sabía que te gustaría.

Herbert Richard dejó de apoyarse sobre los troncos de la pared y también separó las piernas y abrió las manos.

—He deseado este instante durante mucho tiempo —barbotó.

—De acuerdo, Herbert —convino Ray—. Aquí me tienes.

Los dos jóvenes se miraban fijamente a los ojos y ahora ni siquiera había en ellos el más ligero temblor.

—Anda, Ray, tú primero —sugirió Richard.

—Eres tú el ofendido, Herbert. Empieza tú. Pero no eches mano al truco. Lo conozco.

—¿Al truco?

—Sí; ése de mover la mano izquierda y disparar con la derecha.

—Sabes mucho, Ray.

—Te lo cacé cuando mataste a Lloyd Lorigan.

—Gracias por el aviso.

Hubo un nuevo silencio.

Un trueno retumbó cerca y la lluvia golpeó con más fuerza sobre la cabaña.

—¡Ya está bien! —gritó Smiler Jackson.

Los dos rivales continuaron mirándose sin prestar atención a la orden.

—¿Es que no habéis oído? —tronó Smiler—. ¡Maldita sea! ¿Voy a tener que meteros un balazo a cada uno para que entréis en razón?

Smiler tomó su revólver y se puso en pie:

—No sois más que un par de estúpidos… Cuando hayamos terminado con lo nuestro, podéis pegaros todos los tiros que queráis.

Herbert se llevó una mano al mentón y frotóse la crecida barba, mientras decía:

—Tienes suerte, Ray.

—No sabemos cuál de los dos la tiene.

—Te sacaré de dudas pronto, pero no tendrás mucho tiempo para reconocerlo. Será una décima de segundo.

—¡Fuera discusiones! —dijo Smiler—. Si os vuelvo a oír una amenaza os daré un buen escarmiento.

Tony Trevor se levantó del suelo, apoyándose en el hombro de Elsa:

Smiler indicó:

—Haremos bien en descansar un rato. Nos quedan tres horas; hay una de sueño para cada uno mientras dos vigilan. —Miró a Trevor—: Necesito una cama libre.

Tony señaló la puerta que había junto a la cocina:

—Ahí la encontrará.

—De acuerdo —dijo Smiler, observando a sus compañeros—. Yo descansaré primero, pero cuidado con lo que hacéis. Nadie debe salir de esta cabaña, pase lo que pase. ¿De acuerdo?

Ray y Herbert asintieron.

Smiler enfundó el revólver, dirigiéndose hacia la habitación que le había sido señalada, en donde entró y cerró a sus espaldas.

—Acuéstate, Elsa —dijo Tony—. Yo me quedaré…, por si los señores necesitan alguna cosa.

—No has cenado, Tony. Te prepararé un bocado.

Elsa se fue a la cocina y Tony dejóse caer en una silla.

Elsa volvió al comedor trayendo en un plato unas lonchas de jamón y un huevo frito.

Herbert terminó de fumar y sacó una armónica de un bolsillo, la limpió con la manga y sopló en los agujeros un par de veces. Luego se la colocó en los labios y empezó a interpretar una canción vaquera.

De pronto interrumpió la pieza y dijo, sonriente:

—Creo que no pueden pedir más, ¿eh? Tienen música y todo; ¿por qué no bailan?

Elsa lo miró con desprecio, replicando:

—No tengo ganas. —Luego se mordió el labio inferior y añadió —: Voy a lavar los platos, Tony. Te esperaré allí.

La joven se fue.

Tony comía lentamente, como si tuviera mucho apetito, y sus ojos casi siempre estaban fijos en el hombre que le había pegado en el estómago.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó.

Herbert separó otra vez la armónica de la boca y retrucó:

—¿Te interesa mucho, pelirrojo?

—Era sólo una pregunta.

—Pues será mejor que te las guardes. A nosotros nos molesta la curiosidad de la gente.

Tony Trevor sacudió la cabeza y se puso en pie:

—Está bien. Voy a hacer compañía a mi mujer.

—Iré contigo; tengo que vigilaros.

Herbert fue a levantarse, pero Ray Cope volvióse desde la chimenea y dijo:

—Yo iré con ellos, Herbert. Tú puedes seguir con el concierto.

Herbert había empezado a incorporarse, cuando se dejó caer en el asiento mirando muy serio a Ray, mientras éste cruzaba la estancia camino de la cocina, detrás de Tony.

Elsa volvió la mirada y sonrió a Tony al verle llegar, pero luego se quedó seria cuando sus ojos se cruzaron con los de Ray Cope.

Tony Trevor se recostó en la pared y dijo:

—Gracias por lo que hizo, señor…

—Cope, Ray Cope… No tuvo importancia.

Hubo una pausa. Elsa lavaba los platos en la pila.

De pronto, Tony Trevor, preguntó:

—Van a Renford, ¿verdad?

Ray lo escrutó con la mirada:

—¿Qué interés tiene en saberlo, Tony?

—Ninguno.

—Es la segunda vez que lo pregunta.

—Sólo quería iniciar una conversación. Conozco bien

Renford, y si ustedes van hacia allí les puedo proporcionar un hotel. Deseo compensarle de alguna forma el favor que me hizo antes.

—No es necesario que compense nada. Mis amigos y yo sabemos ir solos por el mundo.

—Es raro —comentó Trevor.

—¿Qué es raro?

—No parece usted del mismo barro que ellos, y los llama sus amigos.

—Es corriente encontrar en una manada ejemplares de distinto pelaje.

Elsa dijo:

—Necesito agua, Tony.

Tony preguntó a Ray:

—¿Puedo salir?

—Desde luego.

Elsa y Ray quedaron solos.

Capítulo IV

Al cabo de un rato, ella dijo:

—Conozco una forma para que evite usted ese duelo con… su amigo.

—¿Sí?

—Aléjese de él. Tendrá oportunidad de hacerlo cuando esté durmiendo y usted efectúe la guardia.

—¿Por qué dice eso?

Ray notó que ella se estremecía.

—Usted no se comporta como ellos —dijo Elsa.

—¿Y qué ha deducido al respecto?

—A usted mismo no le agrada la compañía de esos dos hombres. Se ha unido a ellos para hacer algo.

—Tiene usted mucha imaginación.

—Pero estoy segura de no equivocarme.

—A los hombres como yo no les importa mucho el saber el porqué de las cosas. Estoy aquí como podía estar en otra parte, y me ha tocado la compañía de esos hombres como pudo tratarse de otros.

—Eso me parece un absurdo.

—¿Por qué?

—Uno debe estar siempre donde le conviene, donde no pueda avergonzarse de nada.

Elsa le miró por primera vez a la cara, frente a frente:

—Usted se ha avergonzado varias veces desde que llegó a mi casa, señor Cope. Sufre porque no está conforme con los actos de ese Richard.

—Así que me aconseja que me marche, que los deje en la estacada.

—Sus amigos no son niños, usted lo dijo antes. Saben ir solos por el mundo.

Ray Cope la observó sin decir nada durante un rato y ella no pudo resistir la mirada de él y bajó los ojos.

—Sus palabras me han gustado, señora Trevor —dijo él—. No ha sido frecuente en mi vida el encontrar a una persona que me dé un buen consejo.

Ella lo miró otra vez e inició una sonrisa:

—¿Quiere decir que lo va a aceptar?

Ray meneó la cabeza en sentido negativo:

—No, señora Trevor. Seguiré con mis amigos.

El rostro de Elsa mostró una gran decepción y él, seguidamente, añadió:

—Emprendí un camino y debo continuar por él.

—Existen otros, señor Cope.

—Sí, ya lo sé, pero la posibilidad de echar por ellos la dejé perder muchos años atrás.

—Todavía puede dar con un atajo.

Los pasos de Tony Trevor resonaron fuera, acercándose.

Elsa y Ray se miraban cuando la puerta se abrió y Tony penetró, resoplando.

—¡Demonios, con este tiempo! —exclamó Tony, mientras dejaba el cubo al borde de la pileta.

Elsa se volvió para continuar su trabajo.

Tony se quitó nuevamente el impermeable, desparramando el agua por el suelo.

Mientras colgaba la prenda del clavo detrás de la puerta, manifestó:

—A propósito, Elsa. Se me olvidó decirte que Lucy está mucho mejor.

Elsa giró la cabeza hacia él:

—¿Lo ha dicho el doctor Lewis?

—Sí, desde luego.

—Me alegro mucho. Estaba intranquila.

—El doctor cree que, después de todo, quizá no seacontagiosa su enfermedad.

—¡Gracias a Dios!

Tony dijo a Ray:

—Si le parece, podemos volver al comedor.

Ray dio su conformidad y ambos hombres abandonaron la cocina.

Herbert Richard se había cansado de tocar la armónica y estaba liando otro cigarrillo. Después de encenderlo, lanzó una bocanada de humo y miró a Ray:

—¿Cuándo prefieres dormir?

—Me da lo mismo.

—¡El hombre de hierro! El que es capaz de cabalgar veinticuatro horas seguidas sin tomarse un solo minuto de descanso.

—¿Vas a empezar otra vez, Herbert?

—¡Oh, perdón! —rió sardónicamente Herbert—. Se me ha olvidado que eres el protegido del jefe.

Ray no replicó nada y sentóse junto a la chimenea, mientras Tony lo hacía ante la mesa.

Permanecieron en silencio un rato. Elsa entró en la estancia y anunció:

—Me voy a acostar.

—De acuerdo, Elsa —asintió Tony.

Ella se agachó sobre él y lo besó en la mejilla. Luego la joven desapareció por la puerta que daba a la habitación en que dormía la niña.

Herbert puso las botas sobre la mesa y sugirió:

—¿No va a ayudarla, Tony?

—¿Ayudarla? —repitió el pelirrojo.

—Si yo tuviese una mujer como la suya, yo sería quien le quitase la ropa todas las noches.

Tony torció el gesto:

—¿De qué estercolero ha salido, puerco?

Herbert lanzó una de sus características carcajadas y luego dijo:

—Serénese, amigo. Sólo quería embromarlo. —Volvió la cabeza hacia Ray—: ¿Verdad, muchacho?

—Será mejor que guardes tus bromas para quien las consienta —contestó Cope—. A él no le gustan.

—Está bien —convino Herbert—. Ruego a sus señorías que me disculpen… Soy un tipo fino, ¿eh? Siempre me han dicho que sé quedar bien como nadie.

La estancia volvió a quedar sumida en el silencio.

Fuera continuaba lloviendo. Al cabo de un rato la puerta del dormitorio en que se encontraba Smiler, se abrió.

Jackson se desperezó en el hueco, estirando los brazos y abriendo la boca de un bostezo. Luego dijo:

—Soy un reloj, ¿eh, amigos? Es algo que muy pocos pueden hacer. Antes de cerrar los ojos me digo que voy a dormir una hora y ahí lo tenéis. Son sesenta minutos exactos. ¿Quién va ahora?

Herbert se incorporó y echó a andar hacia el dormitorio mientras decía:

—Ray me ha cedido el puesto. —Se detuvo con una mano en el tirador, y concluyó—: Será mejor que lo vigile, jefe. Es capaz de pegarme un balazo mientras duermo.

Sonrió irónicamente mirando a Ray y cerró de un golpe.

Smiler Jackson caminó despaciosamente hacia la silla que Herbert había dejado vacía y se sentó en ella.

—No debes tomárselo en cuenta, muchacho —dijo—. Herbert tiene la lengua muy larga, como tú has podido comprobar. Pero cuando uno está metido en un negocio hay que soportar cosas si, al fin y al cabo, vale la pena.

—Por eso lo soporto yo.

—Eso está bien. Eres un tipo juicioso, Ray, y llegarás lejos —hizo una pausa—. Todo consiste en que lo de ahora lo llevemos bien.

—No habrá dificultades.

—Ahora que estamos los dos solos, es el momento de decírtelo.

—¿De qué se trata?

—Hay mucho más de lo que os dije.

—¿Mucho más?

—Sí, Ray.

—¿Por qué se lo calló?

—Precisamente por lo que decíamos antes de Herbert. El hubiese terminado por soltarlo en algún sitio. Le gusta fanfarronear ante la gente. Por eso quiero quelo sepas tú. El negocio será más difícil de lo que pensáis.

—Estamos preparados.

Se miraron en un profundo silencio y al cabo de un rato, indicó Smiler:

—Trata de dormir, Ray. Aquí hay demasiada paz.

—Echaré una cabezada, pero nos iremos cuando Herbert despierte. No es necesario que esperemos más.

—Corriente, muchacho.

Ray se echó el sombrero sobre los ojos y apoyó el respaldo de la silla en la pared. Poco después, dormía.

Le despertó el ruido de una puerta y se echó bruscamente hacia delante, corriendo la mano hacia la funda del revólver.

Elsa apareció con el vestido puesto sobre el camisón, cuyos volantes se veían bajo el borde de la falda.

Sus ojos se cruzaron y ella continuó andando hacia Tony, sobre el que echó una manta que llevaba.

Smiler consultó otra vez su reloj:

—Es la hora, Ray.

Cope se acercó a la puerta del dormitorio donde descansaba Herbert y llamó fuerte con los nudillos.

—¿Qué pasa? —le llegó la voz brusca de Richard desde dentro.

—Nos vamos, Herbert.

Gimió un somier y poco después Herbert apareció en el comedor restregándose los ojos:

—Bueno, ¿no te acuestas tú, Ray?

—He dormido un poco y hemos acordado marcharnos ahora mismo.

Smiler sacó su bolsa de cuero donde guardaba el dinero y dejó unas monedas sobre la mesa.

Miró a Elsa y dijo:

—Para vosotros, amigos.

Los hombres se dirigieron hacia la puerta y cerca de ella, Jackson se volvió otra vez:

—Un consejo. Olviden nuestras caras. Creo que después de todo, no nos hemos portado mal.

—No se preocupe —murmuró la joven—. Los olvidaremos fácilmente.

Pronunció estas palabras mientras sus ojos se detenían en el rostro de Ray Cope.

Herbert Richard soltó una risita:

—Yo te recordaré mucho tiempo, preciosa…

—Vamos, muchachos —gritó Smiler, y abrió la puerta de un tirón.

La lluvia penetró en la estancia y los tres hombres salieron.

—¡Tony!

El pelirrojo se despertó sobresaltado:

—¿Qué pasa?

—¿Se han ido?

—Sí.

—¡Demonios, qué tipejos…!, bueno, salvo ese Cope.

—No los volveremos a ver. Estas cosas pasan y quedan como la imagen de un sueño.

—Sí, creo que tienes razón.

Hubo una pausa.

—¿Es cierto que Lucy está fuera de peligro? —preguntó la joven.

—Sí, Elsa, es completamente cierto —Tony dio un suspiro—. Durante dos días he pensado que me iba a quedar viudo. A propósito, ha sido una buena idea la de hacerte pasar por mi mujer…, aunque a ese Herbert le tenía sin cuidado.

—Vete a la cama. Ya ha pasado todo.

Tony se levantó y dirigióse hacia el cuarto en donde habían dormido sus visitantes.

Elsa se quedó a solas en el comedor y entonces fue hacia la puerta y la abrió.

Unas gotas de lluvia le salpicaron el rostro. Permaneció un rato quieta. De pronto oyó el trote de los caballos. Vio las siluetas de los tres jinetes, recortadas en lo alto de la colina, a la luz de un relámpago, y luego desaparecieron en las tinieblas.

Capítulo V

Danny Larkin, *sheriff* de Renford, penetró en las oficinas de la estación y se detuvo junto a la puerta, rezumando agua por los pies.

—Buenas noches —saludó.

Jack Hume, el jefe de la estación, apartó la mirada del periódico que leía y correspondió al saludo:

—Yo no diría que son tan buenas.

—Lo que te pasa a ti es que eres un gruñón —dijo el *sheriff*, quitándose el impermeable.

—Hace más de doce horas que empezó a caer agua. ¿Te divierte eso?

—Hombre, no es que me divierta. Para nosotros, gentes de la ciudad, significa una gran molestia, pero apuesto a que los agricultores están de fiesta. En las llanuras de la parte norte apenas caía una gota desde hace tres meses.

—La lluvia vendrá bien para la siembra, pero yo no soy agricultor, Danny, sino un simple jefe de estación. Hace un par de años tuvimos una lluvia torrencial como ésta, y el tren de Austin tuvo que detenerse en la montaña porque un alud le había interrumpido el paso.

Danny miró el reloj que había sobre la pared.

—¿Temes acaso que le ocurra algo al tren de las siete?

—Por ahora todo va bien. Me telegrafiaron desde San Cristóbal hace un momento. El tren pasó por allí a las seis y dieciocho. Sólo lleva tres minutos de retraso.

—En tal caso, no hay por qué preocuparse. Llegará a punto.

Danny se sentó en una silla y sacó una pipa y una bolsa de tabaco.

—Te advierto que estaba muy bien en la cama —murmuró.

—Pudiste haberte quedado un rato más en ella.

—¡Oh, no! Me gusta estar presente cuando llega una de esas remesas de dinero de la compañía Stratton.

—¿No te parece demasiado celo, Danny? Ellos ya tienen sus guardianes, y apuesto a que no tardan en llegar.

—Desde luego los tienen, pero no me cuesta nada echar un vistazo.

Jack Hume soltó una risita.

—Es demasiado dinero, ¿verdad, *sheriff*?

—Doscientos cincuenta mil dólares cada tres meses. Un buen pellizco, sí, señor.

—Bueno, hasta ahora, que yo sepa, nunca ha ocurrido nada.

—Pudo ocurrir hace cuatro años, cuando se dejó caer por aquí la banda de Joe *el Loco*.

—Sí, lo recuerdo, pero tú no les diste oportunidad para sentir ni una mala tentación. Los encerraste el día antes en la cárcel y no los soltaste hasta que el dinero estuvo bien guardado en las arcas de la compañía.

—Fue solo una medida de precaución.

—Eres un tipo listo, Danny. Por algo llevas nueve años como *sheriff* de la ciudad.

—Me gusta la estrella y quiero retirarme de viejo.

—¿Cómo tienes a Susan?

—¡Hum…!, ya sabes. Esa pierna derecha la está haciendo sufrir mucho. Pero es una gran mujer. Todavía estoy por oírle una queja.

—¿Y el chico?

—Tommy quiere ir a la Universidad el próximo año. Parece que el muchacho vale. Al menos es lo que nos ha dicho su maestro. Vino a casa y nos aseguró a Susan y a mí que cualquier sacrificio que hiciésemos por él nos resultaría compensado.

—¿Y qué quiere estudiar?

—Ingeniería. Todos sus juegos consisten en tender puentes.

—Es una suerte —murmuró Jack Hume, dando un suspiro—. Si viviese el mío, tendría la misma edad que Tommy y quizá hubiesen ido juntos a la Universidad.

Danny miró un rato a Jack Hume mientras se preparaba para encender la pipa.

—Sí, fue una lástima —convino.

Permanecieron unos minutos en silencio. Danny se levantó y fue hacia la ventana, por cuyo exterior corría el agua.

—¡Vaya noche para viajar! —comentó.

—En San Cristóbal dijeron que el tren viene casi vacío —anunció Jack.

De pronto se oyó a lo lejos el galope de unos caballos y el chirrido de unas ruedas.

—Ahí llega Bob Stevens con sus vigilantes —indicó Larkin.

—A propósito de Stevens, ¿es cierto que se ha dado a la bebida?

—No le he visto beber en público —respondió el *sheriff*—, pero según mis informes, compra demasiadas botellas para estar solo en casa.

—¡Mala suerte la de Bob!

—Sí, no ha sido muy buena. Eso de que a uno se le vaya la mujer con otro a los seis meses de casados, debe ser un mal trago.

La puerta se abrió de golpe y tres hombres penetraron en la oficina. El primero de ellos, de unos cuarenta años de edad, bajo y de rostro cetrino, miró de hito en hito al *sheriff* y al jefe de la estación.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó después—. Hace un tiempo de perros.

El *sheriff* avanzó hacia los recién llegados y estrechó la mano de Stevens sin pronunciar palabra alguna. Luego miró a los dos hombres que habían quedado junto a la puerta y observó sus caras.

—¿Qué tal, Leslie? —preguntó al más alto.

—Otra vez aquí, *sheriff*.

Danny se dirigió al otro:

—¿Cómo te va el maíz, Freddie?

—Volveré a cosechar el mejor de todo el Estado. Pienso presentarlo este año en la exposición agrícola de Houston. Y ya puede estar seguro de que me llevo el primer premio.

Bob Stevens miró hacia el reloj y dijo a Jack Hume:

—Supongo que vendrá con retraso…

—Sólo tres minutos.

—Bueno, cualquier día llegará a su hora.

Stevens rió su propio chiste y metió la mano por debajo del impermeable. Al sacarla, exhibió una botella de *whisky*.

El *sheriff* y el jefe de la estación cambiaron sus miradas.

—¿Quién quiere un trago? —preguntó Stevens.

Danny carraspeó, diciendo:

—No bebo en acto de servicio.

Stevens se mantuvo un rato perplejo, mirando al *sheriff* y terminó por sonreír:

—¿Me quiere dar una lección, *sheriff*?

—No. Me he limitado a contestar a su invitación.

—Está bien —dijo—. Al parecer, me encuentro entre un grupo de abstemios. Eso me resulta mucho más barato —rió otra vez coa fuerza y guardó la botella en el mismo bolsillo de donde la había sacado.

Danny se sentó en una silla y desenfundó un revólver, entreteniéndose en observar que estaba a punto.

Bob Stevens lo miró con el ceño fruncido:

—¿Es que cree que va a haber tiros, *sheriff*?

—¿Por qué había de haberlos? —retrucó Danny.

—Es usted quien ha sacado a relucir el revólver.

Danny enfundó, mientras decía:

—Simple precaución.

Bob Stevens meneó la cabeza y se puso a pasear. De pronto se detuvo.

—¿Se han enterado, muchachos? —inquirió—. He tenido noticias de ella.

Todos volvieron la cabeza hacia él, mirándolo con curiosidad.

—¿De Judy? —interrogó Jack Hume.

—Sí. Un primo mío vive en Houston. Fue testigo de nuestra boda y la reconoció. Hace un par de semanas se la encontró en plena calle, y, ¿saben con quién iba? —dejó correr unos cuantos segundos sin que nadieˆ replicase, y entonces se relamió los labios y concluyó—: Con un tipo gordo como un barril

Jack Hume miró al *sheriff* y pellizcóse el lóbulo de una oreja, volviendo a detener los ojos en el rostro de Stevens:

—¿No se fue ella con Douglas McLeo?

—Sí, aquel bribón se la llevó, pero yo sabía que le duraría a él lo que una moneda de medio dólar. En cuanto estuvo un par de meses con ella, la dejó plantada. Ya se pueden imaginar lo demás. Judy tiene mucho amor propio. Prefirió dedicarse a lo peor, que venir a suplicarme que la acogiese entre mis brazos.

El relato de Bob dejó sumidos a todos en un profundo silencio.

—¿No me felicitan, muchachos? —dijo Stevens.

Abrió los brazos en cruz, pero en sus labios había una amarga sonrisa. Se reía de sí mismo, de su destino, y todos los que lo escuchaban se encontraron por unos momentos en una situación embarazosa, porque ninguno de ellos acertó a encontrar las palabras que rompiesen aquella tensión.

Jack Hume tomó de nuevo el diario e hizo como que leía, aunque sus ojos recorrieron infructuosamente las hileras de letras.

El *sheriff* se volvió otra vez hacia la ventana y mirófuera.

Los vigilantes Leslie y Freddie se sentaron en un banco que había en la pared más próxima a la puerta.

Bob Stevens miró hacia un lado y otro nerviosamente, y por fin sacó otra vez la botella y bebió otro trago.

El *sheriff* se quitó la pipa de la boca y preguntó con voz seca:

—¿Qué pretendes conseguir con eso, Bob?

—Nada —contestó Stevens—. No pretendo nada. Simplemente olvidarme de que soy una basura.

—Tú no tienes la culpa de lo que te ha pasado. No serás el primero ni tampoco el último, y las hay como Judy a centenares.

—Pero a ti no te tocó ninguna de ellas, ¿verdad, Danny? —Stevens se volvió hacia el jefe de la estación—: Ni a ti tampoco, ¿verdad, Jack? ¡Tuve que ser yo!

Hubo una nueva pausa y Stevens prosiguió con voz cada vez más temblorosa:

—¿Por qué, Danny? ¿Por qué tuve que ser yo? ¿Lo sabes tú, Jack? ¿Quién me lo puede decir? Aquí está Leslie —se volvió hacia el aludido—. El también pretendía a Judy, pero ella me prefirió a mí. Había logrado una gran victoria. Judy era la mujer más hermosa que había en Renford. Todo el mundo me decía lo mismo. Me había llevado una joya, lo mejor de la ciudad, la chica más bonita, y yo me sentía orgulloso. ¿Por qué infiernos no fue Leslie?

—Esas cosas son así —murmuró el *sheriff*—. Le ocurren a uno sin que se pueda contestar por qué.

De repente se oyó el estridente pito del tren.

—Ahí lo tienen, muchachos, y sólo con dos minutos de retraso.

Se acercó a la ventanilla desde donde debía expender los billetes a los viajeros y la abrió, echando un vistazo a la sala de espera. Vio

a un hombre que dormitaba en un banco con el sombrero inclinado sobre la cara.

—Eh, amigo, ¿va a tomar el tren?

El interpelado despertó con un sobresalto y al echarse el sombrero hacia atrás, Jack Hume vio que se trataba de Don Exeter, quien se levantó rápidamente, buscándose dinero en el bolsillo.

—Un billete para Houston, Jack.

—¿Qué vas a hacer allí con este tiempo? —preguntó el jefe de estación mientras ponía la fecha en el correspondiente billete.

—Mi hermana va a tener un hijo y se ha empeñado en que yo esté allá para cuando llegue.

—Eso está bien. Nunca he visto una familia tan unida como la vuestra.

Don Exeter sonrió mientras tomaba el billete, entregando a cambio su importe.

De pronto se abrió la puerta de la sala y una voz resonó huecamente:

—¡Eh, usted!

Don Exeter se volvió y quedóse estupefacto al ver a un hombre con el rostro cubierto por un pañuelo negro y que mostraba un «Colt» en la mano. Otros dos individuos de la misma catadura llegaban en aquel momento a la puerta que comunicaba con la dependencia interior.

Estos últimos enmascarados penetraron en la oficina abriendo de un golpe la puerta y se inmovilizaron en el umbral, moviendo sus revólveres en semicírculo para dominar todo el espacio que tenían delante.

Leslie, e Hillman, los dos hombres que se encontraban sentados en el banco, parecieron convertirse en estatuas, porque al ver aquella extraña aparición, cortaron hasta el resuello.

Stevens, Jack Hume y el *sheriff* observaron a los recién llegados y en sus rostros fue apareciendo una mueca de perplejidad.

—¿Qué significa esto? —preguntó Jack Hume.

—Sólo se trata de un asalto, amigo —dijo el más alto de los enmascarados—. Obedezcan nuestras órdenes y no se derramará una gota de sangre.

Capítulo VI

Danny Larkin trató de identificar a aquellos hombres examinando su estatura, su vestimenta, sus distintas constituciones, pero su trabajo resultó infructuoso.

—Están ustedes locos —declaró.

El pistolero de menos talla soltó una risita sardónica:

—No, *sheriff*, se equivoca. Nunca hemos estado tan bien de la cabeza. Son ustedes los que deben mantenerse cuerdos si quieren contarlo.

Bob Stevens quiso dar un paso hacia delante, pero trastabilló y estuvo a punto de caer.

El pistolero que acababa de hablar descubrió la botella que tenía Stevens en la mano y dijo:

—Es usted un buen vigilante, compañero. Se le ocurre emborracharse cuando tiene que cuidar un buen montón de billetes.

Él *sheriff* carraspeó:

—Ustedes no han pensado bien lo que van a hacer. La bolsa no está aquí. Viene en el tren. Y solamente puede ser entregada a los empleados de la compañía, previa comprobación de su identidad.

El más alto de los forajidos, replicó:

—Está todo estudiado, *sheriff*. Son los vigilantes los que van a traer el dinero aquí.

El *sheriff* hizo un gesto de asombro.

—¿Y suponen que ellos van a obedecerles?

—Seguro que lo harán, porque uno de nosotros va a ir con ellos.

El pitido del tren se oyó más cercano.

El pistolero que parecía llevar la voz cantante, se dirigió a los vigilantes que estaban sentados:

—Un consejo para vosotros. Nada de diabluras. El dinero no es

vuestro, sino de la compañía. No estáis obligados a dejaros matar como reses en una situación como ésta. —Hizo una pausa y se volvió hacia su compañero—. ¿Quién se queda?

—Yo mismo. Tengo curiosidad por saber si va a haber aquí algún héroe.

El otro se volvió hacia la puerta y examinó los impermeables. Finalmente, escogió uno, enfundó el revólver y se cubrió con aquél.

—Creo que me está a la medida —comentó, y volvió a sacar el «Colt»

Empezaron a oírse los jadeos de la locomotora.

El que se había puesto el impermeable, apuntó con el revólver a los dos vigilantes que se encontraban sentados.

—¡Vosotros, levantaos!

Leslie e Hillman obedecieron.

—Escúchenme, muchachos. Una vez que salgamos de aquí, yo me voy a quitar el pañuelo de la cara. No debéis volver la cabeza ninguno de los dos. Cuando lleguemos al vagón del factor, me quedaré a unos pasos de vosotros en la oscuridad. Realizaréis el acto de la identificación con toda normalidad, sin un titubeo. El factor os entregará la bolsa, uno de vosotros se la colgará a la espalda y daréis media vuelta. Pasaréis los dos por mi izquierda, mirando siempre al frente, y cuando estéis a un par de yardas de mí, yo iré detrás, siempre con el revólver a punto. Regresaremos aquí andando normalmente. ¿Alguna aclaración?

Leslie e Hillman menearon la cabeza en sentido negativo.

—¡Entonces, andando!

Los dos vigilantes dirigieron una mirada al *sheriff*, pero éste permaneció con el rostro inexpresivo.

El pistolero que se marchaba, dijo al otro:

—Ten mucho cuidado, muchacho.

—No te preocupes, sé lo que debo hacer.

Leslie e Hillman salieron a la sala de espera y vieron en un rincón a Don Exeter sentado y a otro enmascarado cerca de la puerta. Éste se volvió hacia el compañero que salía y preguntó:

—¿Marcha todo bien?

—Son buenos chicos y lo seguirán siendo.

Salieron en primer lugar los vigilantes. Inmediatamente, Ray Cope se quitó el pañuelo, doblando ligeramente la cabeza para no

ser visto por el viajero que se encontraba en el rincón.

Fuera seguía lloviendo a cántaros.

La locomotora pasó por frente a las oficinas de la estación soltando un chorro de vapor. Poco a poco fue deteniéndose y los vagones chocaron unos con otros. Solamente había un farol en la puerta de arriba del andén y otro en la de abajo, y como era noche cerrada, iluminaban muy poco trecho.

Leslie e Hillman caminaron uno junto al otro y Cope los siguió, mientras abotonaba el botón superior del impermeable y se hundía un poco más el sombrero en la cabeza.

Ray echó una ojeada a los vagones de pasajeros; únicamente vio cabezas en algunas ventanillas.

Uno de los fogoneros se asomó por el hueco de la máquina, pero en seguida la volvió a esconder para librarse de la lluvia.

Una puerta corredera chirrió y el factor apareció en el vagón correspondiente con un farol en la mano.

—Una noche infernal —comentó, mirando a los vigilantes que se acercaban.

Leslie e Hillman se detuvieron cerca de la puerta, Ray Cope lo hizo a unas tres yardas de ellos, mirando hacia un lado y otro de la estación como si estuviese cumpliendo el deber que correspondía al hombre que suplantaba.

Los vigilantes y el factor cambiaron un saludo.

—Os aseguro que es un alivio que os llevéis esto —dijo el factor, volviéndose de espaldas—. Demasiado dinero. ¡Eh, Jimmy, alárgame esa bolsa!

Resonaron unos pasos sobre el piso interior del vagón y apareció otro hombre con una gran bolsa de mano.

El factor volvió la cabeza hacia los vigilantes.

—Es pura rutina, muchachos, pero hay que hacerlo.

Leslie e Hillman metieron al mismo tiempo la mano en un bolsillo interior y exhibieron una tarjeta que alargaron al factor. Éste las tomó y acercolas al farol que conservaba en la mano. Leyó lentamente, como si le costase trabajo descifrar las palabras escritas:

—«Compañía de carbones Stratton… Leslie Kelly, vigilante… Fred Hillman, vigilante.»

Luego hizo chasquear la lengua y devolvió las credenciales a sus

respectivos dueños.

Desapareció un momento de la puerta y regresó con una libreta y un lápiz en la mano:

—Cualquiera de vosotros puede hacerlo, basta con una firma.

Hillman cogió el lápiz y firmó en el lugar que le señaló.

—Asunto concluido —dijo éste—. Aquí tenéis la bolsa, muchachos, y cuidado con gastarlo en *whisky* —soltó una carcajada e hizo un saludo con la mano.

Leslie e Hillman soltaron murmullos ininteligibles de despedida y se volvieron echando a andar hacia la oficina.

Pasaron por la izquierda del hombre que estaba un poco más allá y éste se volvió y siguió tras ellos.

Desandaron el camino que habían hecho antes y penetraron en la sala de espera. Inmediatamente, Ray se puso otra vez el pañuelo y cerró a sus espaldas.

El enmascarado que estaba junto a Exeter dijo:

—Anda, muchacho, ahora tienes que pasar tú también dentro.

Exeter se levantó, replicando:

—Oiga, yo tenía que coger ese tren.

—Lo cogerás mañana y todo será igual.

—Pero es que usted no comprende…, mi hermana va a dar a luz.

—¿De veras…? Apuesto a que la cigüeña se da cuenta de las circunstancias y retrasa la llegada del bebé.

—¡Pero tengo el billete ya comprado! ¡Perderé su importe!

—Adelante, muchacho, o te la ganas.

Exeter se mordió el labio inferior compungido, y obedeció echando a andar tras los vigilantes que llegaban ya a la puerta interior. Fueron entrando todos.

Jack Hume, el *sheriff* Larkin y Stevens permanecían inmóviles, bajo la vigilancia del pistolero que había quedado con ellos.

Ray Cope indicó mirando a Jack Hume:

—Ya puede dar la salida, jefe, pero cuidado con transmitir algún mensaje con la campana. Conozco bien el sonido. Hágalo con naturalidad.

Jack Hume soltó un gruñido de conformidad y se dirigió hacia la puerta del otro lado, que comunicaba directamente con el andén. Abrió y una oleada de agua cayó dentro, salpicando el suelo.

Ray Cope fue tras él y se detuvo junto a la puerta.

Jack salió, pero se quedó dentro del hueco y sólo tuvo que alargar la mano para coger el cordel de la campana. Miró hacia la locomotora y luego dio la salida con tres movimientos acompasados.

El tren soltó un pitido y la máquina resopló, tomando fuerza, como si hiciese acopio de energías para arrancar.

—Entre ya, jefe —ordenó Ray Cope.

Jack Hume se volvió lentamente y penetró en la oficina, cerrando a su espalda.

El pistolero que se había quedado en la dependencia mientras Ray Cope acompañaba a los vigilantes, dijo:

—Esto es a lo que llamamos hacer las cosas bien. Un final feliz para todos.

—Está en un error —objetó el *sheriff*—. El asunto no ha hecho más que comenzar.

—¿Usted cree, *sheriff*?

—No podrán escapar.

—El mundo es muy grande. Tenemos dónde elegir.

Danny Larkin meneó la cabeza en sentido negativo.

—No; cuando se hace una cosa de éstas, resulta muy pequeño. Ustedes lo comprobarán.

—Ya está bien de amenazas, *sheriff*. Ustedes no son más que un hatajo de labriegos. No podrían nada con nosotros aunque se juntasen un ejército.

—Basta de discusiones —intervino el forajido que había impedido a Exeter hacer su viaje. Se dirigió a Hillman—: La bolsa, muchacho.

Hillman alargó la bolsa y Ray Cope se hizo cargo de ella echándosela a la espalda.

Bob Stevens dio dos pasos al frente.

—Se creen muy listos, ¿verdad? —masculló—. Han pensado que van a disfrutar de todo ese dinero.

—Cierra el pico, amigo —conminó Ray.

—Están convencidos de que todo les ha salido muy bien —prosiguió Stevens, sin hacer caso de la advertencia—. Ya tienen los billetes, más de lo que cualquiera ha podido soñar.

—¡Cállese de una vez!

—No, no voy a callar y voy a hacer algo más que eso

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Arruinar su plan.

—Está borracho. Tiéndase en ese banco y duerma. Verá cómo después se siente mejor.

Stevens desorbitó los ojos y exclamó:

—¡No son más que carroña!

El pistolero que estaba al lado de Ray levantó una pulgada el revólver.

—Ya has hablado bastante, estúpido. Echate atrás si no quieres que desparrame tus sesos por el suelo.

—¡Bob! —gritó el *sheriff*—. No podemos evitarlo. Estate quieto.

Stevens volvió la cabeza hacia el representante de la ley en Renford.

—Todo el mundo se ríe de mí, ¿verdad, *sheriff*? Todo el mundo habla del pobre Stevens. ¿Cree que eso lo voy a soportar siempre? No, *sheriff*…, no soy de ésos.

Ray Cope retrocedió hacia la puerta y la abrió.

—¡Vamos! —apremió a sus compañeros con voz ronca—. ¡Daos prisa!

Sus dos compañeros retrocedieron también para ganar la salida.

Pero de pronto, Bob Stevens lanzó un rugido y desenfundó el revólver.

Sonó un estampido y uno de los forajidos lanzó un aullido, al tiempo que golpeaba la espalda contra la puerta.

Seguidamente retumbaron otros disparos.

El revólver que esgrimía Stevens voló de su mano, pero casi simultáneamente se dobló hacia delante, al recibir otro balazo en el estómago.

La habitación se llenó del olor acre de la pólvora.

Danny Larkin fue también a sacar su arma, pero Ray Cope gritó:

—¡Quieto, *sheriff*! Con un loco tenemos bastante.

Bob Stevens dio un traspiés, cogiéndose el estómago con las manos, y se derrumbó en el suelo.

El pistolero que había sido herido se llevó una mano al hombro derecho y luego se la miró. Estaba roja de sangre.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Ray Cope le observó la herida.

—Desde luego. Vamos de una vez.

Primero salió el herido, luego el que había permanecido en la oficina y por último Ray Cope, que cerró a su espalda.

Inmediatamente, Hillman y Leslie desenfundaron sus pistolas.

—¡Vamos detrás de ellos! —clamó Hillman.

—¡No! —gritó el *sheriff*—. ¡Estaos quietos! No quiero que muráis vosotros también. Ahora es su vida la que está en peligro y la querrán conservar al precio que sea.

Los vigilantes de la compañía Stratton obedecieron al *sheriff*.

Jack Hume corrió hacia donde se encontraba Bob Stevens en el suelo y le dio la vuelta, levantándole la cabeza.

—¡Stevens! —llamó.

Bob respiraba todavía y abrió los ojos. Frente a él, de pie, estaba Danny.

—Ha sido una suerte el que yo viniese esta noche, ¿verdad, *sheriff*?

Danny Larkin meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué lo has hecho, Bob? Tú sabías que ellos te iban a matar. Ha sido un… —el *sheriff* se interrumpió.

—Un suicidio, ¿verdad, Danny? —dijo Bob, y tras una pausa, añadió—: Sí; ellos se hubieran marchado sin hacer fuego, pero vi mi oportunidad…, mi oportunidad de acabar de una vez.

Hubo un silencio.

Bob se estremeció y por la comisura de sus labios empezó a bajar un chorro de sangre:

—Usted dijo antes que una cosa como la de Judy no tenía explicación. ¿No es eso, *sheriff*?

—Sí.

—Pero estaba engañado. Yo sé el porqué, Danny.

—No hables ahora.

—Ya da lo mismo… Estoy acabado… Sí, *sheriff*, yo sé el porqué…

Jack Hume continuaba sosteniendo al moribundo, y los otros hombres estaban de pie a su alrededor con la mirada fija en su cara, de la que huía poco a poco el color.

—Yo he sido siempre un fanfarrón… Todos lo saben… No me conformaba con una sola mujer… He ido de una a otra… Debí cambiar cuando me casé con Judy, pero no fue así… La dejaba a ella sola en casa…, y había muchas noches que no regresaba… ¿Se

da cuenta…? Una mujer como ella…, la más bonita del pueblo esperando a un canalla… Reñíamos frecuentemente y yo un día le pegué…, alguien debía haber estado allí para cortarme la mano… Fue el final… Por eso se marchó de mi lado… La hice una desgraciada… He sido yo y nadie más…, y cuando me di cuenta de lo que había hecho era demasiado tarde… Sí, *sheriff*, esta noche ha llegado mi oportunidad —sonrió amargamente— y la he aprovechado bien. Menos mal que uno de los que disparó acertó bien…

—El otro no quiso hacerlo —opinó el *sheriff*—. Se conformó con desarmarte de un balazo. Tiene buena puntería y ni siquiera te rozó la piel.

—Entonces soy un hombre de suerte…, ¿verdad, *sheriff*? Siempre lo he sido…, un hombre de…

Bob Stevens hizo una mueca de dolor, dobló la cabeza bruscamente y expiró.

El grupo se mantuvo inmóvil durante un rato y finalmente, Jack Hume dejó el cadáver de su amigo en el suelo.

El *sheriff* Danny Larkin rompió el silencio:

—¿Quieres encargarte de todo, Jack? Nosotros tenemos que emprender la persecución.

—Sí, desde luego —murmuró Jack, y sacándose un pañuelo se sonó ruidosamente.

Cuando el *sheriff* se dirigía hacia la puerta, Jack preguntó:

—¿Cree que los va a cazar, *sheriff*?

Danny se volvió desde el umbral.

—Creo que sí. Uno de ellos va herido. Ahora tendrá fuerzas para una cabalgada, pero dentro de poco necesitará el auxilio de un médico. —Se quedó pensativo unos instantes—. Los cogeremos, Jack…, puedes estar seguro.

Capítulo VII

Hacía más de dos horas que cabalgaban bajo la lluvia, aumentando incesantemente la distancia que los separase de Renford. De pronto, Smiler Jackson lanzó un grito y cayó del caballo, rebotando como una pelota varias veces sobre la tierra fangosa.

Ray Cope y Herbert Richard detuvieron simultánea mente sus monturas y pusieron pie a tierra, corriendo hacia el lugar en donde se encontraba Smiler exánime. Ray se agachó sobre el herido y le sostuvo la cabeza. La lluvia caía sobre el rostro de Smiler, limpiándolo de barro y también sobre su pecho, y a la altura del hombro tomaba un color rojizo al contacto con la sangre.

—¡Smiler! —gritó Ray.

Jackson abrió los ojos.

—¡Por todos los infiernos! ¿Qué me ha pasado? —meneó la cabeza bruscamente de un lado a otro y se desasió de Ray, poniéndose en pie. Echó tambaleante una ojeada a su alazán, que se encontraba un poco más allá—. Debió tropezar con algo —dijo.

—No, Smiler —denegó Ray—. No tropezó con nada. Fue usted quien se derrumbó de la silla.

—¿Qué pretendes decir con eso? —preguntó Jackson con respiración fatigosa.

—Ha sido malherido. No podrá seguir mucho tiempo esta carrera.

—¿Quién dice que no? —Smiler fue a lanzar una carcajada, pero de pronto hizo una mueca y sus hombros se estremecieron.

Ray lo tuvo que sostener nuevamente.

—No podemos continuar —indicó el joven.

—¡Lo haremos! —gritó Jackson, mirándolo furiosamente.

—Deje que antes le eche una ojeada a esa herida.

—No es necesario.

—Lo haré aunque tenga que tumbarlo en tierra.

Hubo unos instantes de silencio. Finalmente, Smiler asintió:

—Está bien, pero es tiempo perdido. Ha sido un simple rasguño.

—¿Quieres sostenerlo por detrás, Herbert?

Richard se aproximó de mala gana y cogió a Smiler por la cintura. Entonces, Ray hizo que Smiler sacase un brazo de la manga y luego tiró de la camisa, sacándola del pantalón, y la desabotonó.

La caída de Smiler había sobrevenido en medio de la llanura, en donde el agua caída del cielo se mezclaba con la blanda tierra formando un lodazal.

Ray observó la herida que Smiler mostraba en el hombro.

—Un rasguño, ¿eh? —murmuró, mirando a Smiler—. Fue un estupendo balazo y usted se ha querido hacer el valiente y eso siempre cuesta caro. Teníamos que haberle vendado en cuanto emprendimos la huida. Ahora debe de haber perdido mucha sangre y por eso está débil.

—Tengo fuerzas para llegar hasta México.

—No Tas tiene ni para pelear con un niño.

Smiler lanzó un rugido y se desprendió de Herbert.

—¡Yo te diré quién tiene la razón! —exclamó.

Echó el brazo sano hacia atrás para golpear con el puño a Ray, pero de repente soltó un quejido y cayó de nuevo de rodillas sobre el fango.

—¡Maldito seas! —barbotó con furia impotente—. ¿Qué es lo que me pasa?

—Yo se lo diré, Smiler —contestó Ray.

Jackson levantó la mirada, depositándola en los ojos del joven, el cual anunció:

—Usted morirá irremisiblemente si su herida no es curada en el más breve plazo posible.

—¡Pero no podemos ir a ningún sitio!

—Naturalmente que no —intervino Herbert, con el ceño fruncido—. El pacto fue que huiríamos después del asalto sin detenemos.

—No contábamos con que esto ocurriese —advirtió Ray.

—¡Sería una locura! —insistió Herbert—. Ese condenado *sheriff* de Renford sabe perfectamente que uno de nosotros está herido.

¡Dará aviso a toda la comarca! ¡Nos cogerán como a conejos si nos detenemos!

Smiler se levantó nuevamente, haciendo un esfuerzo y agarró el brazo que Ray le ofrecía para que se apoyase. Luego manifestó:

—Herbert tiene razón. Hemos de seguir adelante. Apuesto a que lo soporto. Sólo tienes que ponerme un vendaje provisional en la herida.

—Está calado hasta los huesos, Smiler —retrucó Ray—. El vendaje servirá de muy poco. También está sucio, como un chiquillo que se hubiese revolcado en una acequia. La herida se infectará si no lo está ya. Es un médico quien puede ponerle remedio.

Smiler se pasó una mano por la frente.

—Quizá tengas razón. Pero no puedo consentir que por mi culpa pongáis en peligro vuestras vidas.

—Le ha pasado a usted como le pudo ocurrir a cualquiera de nosotros.

—Tengo una idea —anunció Herbert.

Smiler y Ray lo miraron.

Jackson preguntó:

—¿Qué idea es ésa?

—Hacemos el reparto ahora y dejamos a Smiler en casa de cualquier médico.

—¡Eso sería lo mismo que colgarlo de una encina! —exclamó Ray.

—Pues tendrá que ser así. No estoy dispuesto a correr ningún riesgo por nadie.

—¿Y si hubieses sido tú, Herbert? ¿Qué habría pasado entonces?

—Nunca me ha gustado hablar de lo que podría haber ocurrido. No vamos a cometer la estupidez de darles oportunidad de que nos cacen a todos.

—Empezamos esto junto y lo acabaremos juntos, Herbert. La idea del negocio partió de Smiler. El fue quien lo preparó todo, hasta el último detalle. No podemos abandonarlo.

Hubo una pausa y luego rezongó Herbert:

—Será mejor que hables por ti, Ray.

—¿Quieres decir que te vas a ir solo?

—El asalto salió bien. Yo presté mi ayuda y por tanto, tengo

derecho a cobrar lo prometido. Ninguno de vosotros puede obligarme a hacer más.

—Es lo que tú crees, Herbert.

Richard sonrió y preguntó irónicamente:

—¿Vas a impedir que me marche?

Ray apretó los labios con fuerza.

—Escucha, Herbert, y métete esto bien la cabeza. Eso de que salió bien el asalto son tonterías tuyas. Lo echaste a perder disparando sobre aquel hombre que a estas horas ya debe estar muerto.

—Tú también hiciste fuego sobre él.

—Yo le tiré al revólver, para desarmarlo. Era un tipo inofensivo. Solamente estaba borracho. Pero tú le pegaste en la barriga, con intención de liquidarlo.

—El disparó sobre Smiler.

—Sí, yo también estaba allí y lo vi, pero ellos representan la ley y estaban en su derecho. Eramos nosotros los que debíamos tener cuidado. Ahora si nos cogen no tendremos salvación. Será la horca. Por eso te vas a quedar, Herbert, para que tú rindas cuentas también si nos cogen.

—No, Ray, estás equivocado. Yo no me voy a quedar.

—Muchachos —exhortó Smiler, con voz ronca—. ¿Queréis dejar de pelear? No pude elegir peor cuando me decidí *a* hablaros del golpe que preparaba. Debí pensar en cualquiera antes que en vosotros dos.

—Ande, jefe —requirió Herbert—. Déme mi parte y les desearé mucha suerte.

—¡Ray! —dijo Smiler—. Dásela tú y que se vaya al infierno.

—Si se quiere marchar, de acuerdo, no se lo voy a impedir —contestó Ray—. Pero será sin un centavo.

Herbert miró a Ray con ojos furibundos.

—¿Qué porquería es ésa? En la bolsa hay una parte que me pertenece y me la voy a llevar.

—No, Herbert, no vas a llevarte nada. Solamente tendrás lo tuyo si ayudas a Smiler a salir de este atolladero.

Herbert empezó a reír silenciosamente y de pronto sus carcajadas atronaron la noche.

Smiler y Ray lo observaban con las cejas enarcadas.

—¡No he oído nada más gracioso en todos los días de mi vida! —farfulló después de quedar serio—. Pero después de todo, me alegro de que esto ocurra, porque me permitirá ajustar cuentas contigo, Ray.

Fue a sacar el revólver, pero Ray estaba preparado y se abalanzó sobre él, pegándole un terrible trallazo en el mentón.

Richard cayó hacia atrás y dio una vuelta de campana sobre el lodazal.

Ray no se mantuvo quieto, sino que lo siguió en la caída, y cuando se incorporaba, lo golpeó otra vez en la cara, pero ahora Herbert consiguió asirlo de la muñeca y tiró de él, al propio tiempo que perdía el equilibrio.

Ambos se derrumbaron rodando, fuertemente trabados.

Herbert quedó encima y golpeó dos veces seguidas con furia salvaje la cara de su rival.

Ray alzó la rodilla bruscamente e hizo saltar por encima de su cabeza a Herbert. Un relámpago cruzó el cielo con horrísono tableteo y por unos instantes iluminó el escenario.

La lluvia seguía cayendo sobre la tierra, monótona, implacable.

Los dos jóvenes se incorporaron y quedaron respirando jadeantes, mirándose frente a frente, con el cabello revuelto, cubiertos de barro de la cabeza a los pies.

—Te voy a hacer pedazos, Ray —masculló Herbert—. Y cuando estés vencido no tendré compasión contigo. Te vaciaré mi revólver en el cuerpo.

—Creo firmemente que lo harías, pero para agotar las balas de tu cilindro tienes que hacer una cosa: vencerme.

Herbert enseñó los dientes.

—Es lo que va a pasar ahora, Ray.

Avanzó sobre Cope, hinchando el pecho, las manos crispadas, pero Ray contuvo su ímpetu colocándole un golpe seco en el hígado.

Herbert replicó con un izquierdazo que alcanzó a Ray en el plexo solar, haciéndole tambalear.

Herbert perdió una gran oportunidad, porque quiso hacer acopio de energías para derrumbarlo de un solo puñetazo.

Ray saltó hacia un lado y el supuesto golpe de gracia se perdió en el vacío. Herbert ya no tuvo oportunidad de rectificar, porque

Ray le castigó sin compasión en el hígado en una serie rápida. Cuando Richard se dobló, con los ojos desorbitados y la boca abierta, tratando de tragar el aire que faltaba a sus pulmones, Ray lo fulminó con un fantástico gancho de izquierda.

Herbert quedó en tierra con brazos y piernas en cruz, cara al cielo.

Ray avanzó hacia él, se agachó y le quitó el revólver que colocó en su cinturón. Luego se volvió hacia donde estaba Smiler, que había permanecido inmóvil, esperando el final de la pelea.

—Eres fuerte, Ray —ponderó Jackson—. Siempre hubiese apostado por él.

—Hay otras cosas que usted no sabe y quizá termine por aprender.

—Agradezco tu gesto, pero creo que no va a servir de nada.

—Siéntese en el suelo y no rechiste. Le voy a vendar la herida.

—¡Maldita sea! ¿Es que me vas a dar órdenes?

—Sí, Smiler. No estando usted en condiciones, voy a ser yo ahora quien las dé. ¿Tiene algo que oponer?

Smiler vaciló unos instantes y finalmente murmuró:

—No, creo que no.

Se dejó caer en el suelo mientras Ray se dirigía donde estaba su caballo.

Minutos después regresaba junto a Jackson con los trozos de tela en que había convertido una camisa. Lavó la herida con el agua de la lluvia e hizo un fuerte vendaje para evitar en lo posible que se continuase desangrando.

Cuando se pusieron en pie, Herbert los estaba mirando limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—Tú ganas, Ray —dijo—. Iré con vosotros.

—Es una decisión que a Smiler y a mí nos alegra mucho —repuso Cope—, aunque te haya costado algún tiempo llegar a ella.

—¡Dame mi revólver!

Hubo una larga pausa.

—No, Herbert. Vendrás con nosotros sin armas.

—¿Cómo me voy a defender si se nos echan encima el *sheriff* y sus hombres?

—Caso de que llegue a ocurrir eso, lo pensaré. Mientras tanto, yo seré quien guarde tu revólver.

Herbert se mordió el labio inferior en un gesto de furia impotente.

—¡Algún día te haré pagar caro esto, Ray!

Ray Cope sonrió:

—Vive para tu venganza, Herbert, pero por de pronto te vas a jugar el pellejo con nosotros.

Ray cogió a Smiler por el brazo y poco después, le ayudaba a subir al caballo. Para entonces, Herbert había ocupado también su silla.

Ray tomó impulso y montó de un salto, e inmediatamente, prosiguieron su camino, al paso, sin precipitarse, porque entre ellos había un hombre que estaba herido de muerte.

Capítulo VIII

Tony Trevor entró bruscamente en la casa y cerró de un portazo a su espalda.

—¡Elsa…! ¡Elsa…! ¿Dónde estás?

—Aquí, en la cocina —le contestó la joven.

Tony cruzó como una exhalación el comedor y entró en la estancia donde se encontraba Elsa, la cual le recibió con el rostro pálido.

—¿Qué le ocurre a Lucy, Tony?

—¡Oh! Ella se encuentra mucho mejor —respondió su cuñado, respirando entrecortadamente—. Se trata de otra cosa.

—¿De qué?

—¡Se han llevado doscientos cincuenta mil dólares, Elsa!

La muchacha miró fijamente el rostro de Tony, al tiempo que sentía un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Quiénes se han llevado doscientos cincuenta mil dólares?

—¡Pegaron el asalto en la propia estación de Renford! Ante las narices de Danny Larkin y tres vigilantes de la compañía Stratton. Lo traían en el tren de Houston. ¿Te das cuenta, Elsa?

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—No sé adonde quieres ir a parar, Tony.

—Fueron tres enmascarados. Llevaban un pañuelo negro que les cubría el rostro. ¡Tres, Elsa! ¡Fueron tres!

—¿Quieres decir…?

—No hay lugar a dudas. Fueron los tres tipos que tuvimos anoche de huéspedes. ¿No lo recuerdas? Hablaron de un negocio que les iba a producir mucho.

—¿Dónde te enteraste?

—Estaba en casa del doctor Lewis cuando llegó el *sheriff*

acompañado de más de veinte hombres. Uno de los pistoleros mató a Bob Stevens.

—¿Cómo?

—Sí, Elsa. Le mataron sin remedio, cuando él intentó impedir la fuga de esos bandidos.

—¡Santo cielo!

—Pero Bob hirió a uno de ellos antes de caer. El *sheriff* opina que los pistoleros tratarán de buscar refugio en algún sitio y entonces echarán mano a un médico para que asista al herido. Por eso fueron a informar al doctor Lewis, para que estuviese preparado.

Elsa se quedó pensativa unos instantes.

—Nunca creí que ese hombre pudiese hacer una cosa así.

—¿Te refieres a Cope?

—Sí.

—También a mí me ha extrañado, aunque pensándolo bien, quizá nos equivoquemos con él. Debe ser como los otros.

—Sí, creo que sí.

—Nos escapamos de una buena anoche.

—¿Qué les pasará si los cogen, Tony?

—Los encerrarán en la cárcel hasta el momento del juicio, pero no creo que tarde mucho. Lo que han hecho es grave. Terminarán danzando al extremo de una cuerda.

Se hizo un largo silencio.

—¿Dónde está Anne? —preguntó de pronto Tony.

—Está fuera jugando, ahora que ha salido un poco el sol. ¿Qué te ha dicho el doctor acerca de Lucy?

—Ahora está seguro de que lo de ella no es nada contagioso y me ha autorizado a que la traiga pasado mañana.

—¡Eso es estupendo! —sonrió la joven—. ¡Volveréis a estar juntos! Y yo podré regresar a Houston.

—No es necesario que te tomes tanta prisa, Elsa. Ya sabes que puedes estar aquí todo el tiempo que quieras.

Te estamos muy agradecidos por lo que has hecho.

—No tenéis nada que agradecerme. Ella es mi hermana y mi obligación era venir aquí para atender a la niña.

—Eres muy buena, Elsa.

Tony se acercó a la puerta trasera y la abrió, echando una

mirada al cielo.

—Ya se ha escondido otra vez el sol —anunció—. Y creo que va a llover más. Voy por Anne.

Elsa quedó a solas en la cocina, mirando el hornillo sobre el que había una marmita.

Oyó fuera las voces de Tony llamando a la niña.

El agua de la marmita empezó a hervir. Tomó un plato y vació su contenido, patatas y judías verdes, sobre la burbujeante agua.

Unos pasos resonaron fuera. Tony había encontrado al fin a Anne, pensó ella.

—Buenas tardes —saludó una voz a su espalda.

Se volvió sobresaltada, al tiempo que un grito escapaba de su garganta. Y vio allí recortada en el hueco de la puerta la figura de Ray Cope.

El la miraba muy serio, y en su rostro se notaban las huellas del cansancio; toda su vestimenta estaba llena de barro seco.

—¿Usted? —murmuró ella con voz débil.

—No hemos tenido más remedio que regresar.

Elsa sintió que una sorda furia la invadía poco a poco.

—Van huyendo, ¿verdad?

—Al parecer lo sabe todo.

—Robaron y mataron.

Ray Cope se humedeció los labios con la lengua antes de responder:

—A veces no salen las cosas como uno quiere.

—Resulta increíble que usted hable así, refiriéndose a actos que están fuera de la ley.

—Si le parece, discutiremos eso en otro momento. Uno de mis compañeros necesita ayuda.

—El que resultó herido.

—Sí. Ha perdido bastante sangre y temo que muera si no es curado pronto.

—Yo le indicaré a usted una forma mejor de arreglarlo todo.

—¿Cuál?

—El *sheriff* los está buscando. Sólo tienen que presentarse a él. Danny Larkin les facilitará un médico y también las celdas que necesitan.

—No es una oferta que me interese aceptar.

—A mí tampoco me agrada la suya. No se puede acoger en una casa honrada a hombres que acaban de matar a otro que cumplía con su deber.

—Lo siento, señora Trevor, pero usted no puede elegir.

Elsa lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Por qué no es más claro, señor Cope?

—Me adelanté sólo para avisar. Cogimos a Tony fuera. En estos momentos está al lado de mis compañeros y hay una pistola que lo apunta a la cabeza.

—¡Debí suponerlo! Ayer me amenazaron a mí, escudándose en la niña, y ahora es Tony el que ocupa su lugar. Fui una estúpida al creer que usted era distinto a los otros. No es ni más ni menos que igual. Un hombre sin escrúpulos, que está dispuesto a todo con tal de conseguir su objetivo.

Ray Cope arrugó la frente y sus labios dibujaron una mueca de amargura.

—No haga las cosas más difíciles, señora Trevor, se lo ruego.

—Usted me lo ruega. Resultaría gracioso, si no fuese ya trágico. ¿Por qué no saca el revólver y me apunta también a mí? Así al menos estaría en su verdadero papel —ella hizo una pausa—. Está bien, señor Cope, ya puede decir a sus amigos que vengan. Continuaremos siendo sus prisioneros hasta que ustedes se cansen.

—Vaya a la puerta delantera y ciérrela con llave. Entraremos por aquí.

—Es su primera orden, ¿verdad?

No esperó la respuesta de él, sino que dio media vuelta y salió de la cocina.

Ray Cope también giró sobre sus talones y se alejó de la casa.

Elsa cerró la puerta principal, tal como él le había dicho y regresó a la cocina. Al cabo de un rato oyó ruido de pasos y quien primero entró fue Anne.

—Han vuelto los mismos señores que vinieron ayer, Elsa —anunció la niña—. Estoy segura de que ahora me contarán cuentos bonitos.

Elsa tomó a la chiquilla en brazos y la besó en la frente.

Luego entró Tony y detrás de él lo hizo Herbert Richard, quien sonrió a la joven, diciendo:

—Aquí nos tiene otra vez, encanto. Eso le pasa por habernos

dado tan bien de comer.

A continuación aparecieron al mismo tiempo Smiler Jackson y Ray Cope. El viejo se apoyaba en el joven y esgrimía en la mano derecha un revólver.

Elsa se dio cuenta de que Herbert tenía vacía su funda y de que sus manos no esgrimían arma alguna.

Ray Cope hizo una seña a Tony para que cerrase la puerta trasera.

—Ayúdeme a llevarlo a la cama, Trevor —ordenó luego Ray—. Está muy débil.

Entre Tony y Ray, llevaron a Smiler a la cama, donde había dormido la noche anterior.

Jackson dejó caer la cabeza sobre la almohada a peso muerto, porque estaba agotado.

—Demonios —murmuró y soltó un suspiro—. Es como si me hubiesen tendido en una nube.

—Es necesario cambiarle el vendaje, Trevor —indicó Ray—. La herida debe estar hecha una miseria.

—Tengo vendas en casa…, pero ha de hacerme una promesa, señor Cope.

—¿De qué se trata?

—Debe mantener a raya a ese Herbert. No quiero que repita su asedio a… mi esposa.

—Tiene mi palabra. Y, por si le interesa, sepa que él y yo reñimos antes de venir aquí y ni siquiera tiene pistola.

—De acuerdo.

—Dígale a su mujer que prepare un poco de agua hervida. Tengo que lavar esa herida.

—Déjelo de mi cuenta. Usted puede salir fuera para vigilar a su compañero.

Ray sacudió la cabeza y agachóse sobre Jackson.

—¿Cómo va eso, Smiler?

El herido abrió los ojos y sonrió débilmente.

—De primera, muchacho, de primera. Sólo necesito dormir un par de horas y luego volveremos a los caballos —se cercioró de que Tony había salido y preguntó—: ¿Dónde dejaste el botín?

—Preferí esconderlo tras unos matorrales que hay a la salida del bosque, a una milla de aquí.

Ray sacudió la cabeza.

—¿Crees que estamos bien seguros?

—Por lo menos no habrá nadie que dé el soplo. Todo consiste en que el *sheriff* se deje caer o no por aquí.

—¿Y los caballos?

—Me preocupé de que no estuviesen en el cobertizo con los de Tony. A la otra parte de la casa hay un granero. Los metí allí.

—Piensas en todo, Ray, principalmente en mí. Eres un buen muchacho. En cuanto os veáis en peligro, avisadme, aunque esté durmiendo. Puedo sostener el revólver perfectamente y demostrar que Smiler Jackson todavía no está muerto.

—Descuide, lo llamaré. Ahora no tiene que preocuparse de nada. Todo está en orden. Tony Trevor lo curará. Trate de dormir cuanto pueda. Cuando vuelva a abrir los ojos se encontrará mucho mejor.

—Sólo un par de horas.

—De acuerdo, Smiler —mintió Ray, y repitió—: Sólo un par de horas.

Tony Trevor entró en la habitación con un maletín en la mano y Ray salió fuera.

Herbert estaba en cuclillas ante el hogar de la chimenea tratando de prender fuego a un leño.

Ray ocupó una silla junto a la mesa y apretóse las sienes con la mano, sintiéndose cansado.

Herbert consiguió que la llama prendiese en los leños y entonces se levantó y sentóse en una silla frente a Ray. Durante un largo rato el silencio fue el único dueño de la estancia. Finalmente oyeron unos pasos y Tony Trevor apareció en la puerta de la habitación en que descansaba Smiler. Con gesto preocupado, advirtió a Ray:

—El amigo de ustedes se encuentra francamente mal, señor Cope.

—¿Usted cree?

—Mis conocimientos sólo alcanzan a medidas de urgencia. Esa bala se quedó metida muy hondo y no encontró camino para salir. Es lo que le está matando. Si no se la extraen pronto, creo que no llegará a mañana.

Un fruncimiento apareció por entre las cejas de Ray.

—¿Qué aconseja usted?

—Hay un doctor en la proximidad y se llama Lewis. Puedo ir a

avisarlo y antes de dos horas estará aquí.

Herbert soltó una carcajada.

—Es una buena treta, labriego —replicó, mirando con fiereza a Tony—, pero no cuela con nosotros.

—Se equivoca usted —contestó Trevor—. No pensaba traer al doctor Lewis diciéndole la verdad. Le hubiese dicho simplemente que era mi hija a la que tenía que asistir.

—¿Qué nos vas a decir a nosotros?… Está tan claro como el agua. Pero no somos tan estúpidos como tú. Te quedarás aquí.

—Soy yo quien decide —expresó Ray.

Herbert miró a su compañero con ojos brillantes.

—Sí, Ray, tú eres el que decide porque ahora yo no tengo ningún revólver, pero cometerás la mayor equivocación de tu vida si le haces caso.

—Smiler se está muriendo.

—Se morirá de todas formas con el doctor Lewis o sin él. Se ha desangrado como un cerdo y tú lo sabes.

—Pero continúa vivo y aún se puede hacer algo por él.

—Es una trampa de este maldito Trevor.

Ray se dirigió a Tony:

—¿Qué tal es ese doctor, hombre de confianza?

Tony se miró la punta de los zapatos.

—Debo decirle algo, señor Cope.

—¿Qué es ello?

—Danny Larkin, el *sheriff* de Renford, ha puesto ya al corriente al doctor Lewis acerca de lo que hicieron ustedes en la estación.

—¡Ya te lo decía yo, Ray! —intervino Herbert con voz triunfal —. No tenemos nada que hacer por ese lado.

Cope se acarició la mejilla y luego decidió:

—Vaya por el doctor, Tony; pero recuerde, no invierta más de dos horas.

—Regresaré con él. Puede confiar. Mi hija y mi mujer valen mucho más para mí. ¿Me puedo despedir de ellas?

—Desde luego.

Tony entró en la cocina y poco después salía, encaminándose hacia la puerta.

Capítulo IX

Las dos horas de espera se desgranaron lentamente.

Había transcurrido ya el tiempo que Tony Trevor dijo necesitaría para traer al doctor Lewis a su casa.

Herbert Richard rompió el ominoso silencio:

—Jugaste una mala carta, Ray. Ese tipo ha ido a la suya.

—No se puede arriesgar. Tiene aquí a su mujer y a su hija.

Herbert rió suavemente.

—No, Ray. Trevor sabe que tú no eres capaz de hacer daño a su esposa ni a su hija. Se marchó completamente convencido de ello. Le ha bastado conocerte para saber que eres blando, y que antes serías capaz de entregarte que de tomar represalias con cualquiera de sus familiares.

—Y tú llegarías a todo, ¿verdad, Herbert? Lo que importa es tu pellejo. La vida de los demás queda supeditada a tu seguridad.

—Tiene que ser así, Ray.

—Hasta el punto de llegar a matar sin necesidad, como en el caso del hombre de la estación.

—El intentó matamos.

—¿Es que no te diste cuenta del brillo de sus ojos?

Estaba como loco. Tú tuviste más tiempo para apreciarlo porque te quedaste allí mientras yo iba por el dinero,

—Está bien, Ray. Yo lo maté y lo mismo hubiese hecho con los demás, de no haber estado tú por medio. ¿Y sabes por qué motivo lo hubiese hecho? Por una sencilla razón. Uno tiene que cobrar antes, por si acaso se lo hacen pagar. ¿Crees que tendrían compasión de nosotros si nos cazasen?

—Es un riesgo que teníamos que correr desde el momento que nos decidimos a cometer el asalto.

—Tú corres siempre demasiados riesgos, Ray, y la mayoría de ellos son innecesarios.

De repente golpearon a la puerta y los dos antagonistas enmudecieron.

Ray se levantó, preguntando:

—¿Quién es?

—Soy Tony Trevor. Abran.

Ray miró a Herbert y éste sonrió.

—Anda, muchacho, franquéale la entrada y veré desde primera fila cómo te convierten en un colador.

Cope vaciló unos instantes, pero por fin se acercó a la puerta, dio vuelta a la llave y retrocedió unos pasos.

—Empuje, Trevor. Ya puede entrar.

La puerta se abrió y Tony penetró en la estancia chorreando agua. Detrás de él lo hizo un hombre de unos cincuenta años de edad, de cabellos blancos, rostro alargado y bigote en forma de arco.

El propio Ray cerró la puerta y entonces el hombre que acompañaba a Tony se quedó mirando el revólver que esgrimía aquél.

—¿Qué significa esto, Tony? —preguntó.

—Lo siento, doctor —respondió el dueño de la casa—. No tuve más remedio que engañarle. Son los hombres que busca el *sheriff* de Renford.

El doctor Lewis escrutó con la mirada el rostro de Cope.

—Comprendo —murmuró—. Ha sido una buena trampa.

—¿Tiene algo que objetar, doctor?

—Creo que no les importa lo que yo pueda pensar. Ustedes me habrán traído aquí para que cure a alguien que está herido.

—Desde luego, doctor.

—Pues entonces, díganme dónde está y cumpliré con mi obligación.

—¿Y luego?

Hubo una pausa y el médico contestó:

—Luego, ustedes solamente tienen la palabra.

—Acompáñelo, Tony, y ayúdele en lo que pueda. Yo me quedo aquí.

Tony Trevor y el doctor Lewis se dirigieron a la habitación

donde se encontraba Smiler Jackson.

Elsa había aparecido por la puerta de la cocina y permaneció allí con los brazos cruzados.

Mientras Ray se dirigía hacia la mesa, Herbert dijo:

—Creo que Trevor y ese doctor están representando una comedia. Apuesto a que el *sheriff* y sus hombres rodean la casa. El entrar aquí ellos forma parte de la representación.

—En todo caso esperemos a que caiga el telón —respondió Cope.

Herbert volvió la cabeza hacia la joven.

—¿No te queda algo para ofrecer a un par de hombres, encanto? Tantas emociones me han dejado el estómago hueco.

Elsa coloreó las mejillas y finalmente se volvió, desapareciendo en la cocina.

Ray se dirigió a Herbert, quien trató de sonreír.

—Vas a darle a ella el trato que merece, Herbert. Si vuelves a hablarle de esa forma, te juro que te echo media docena de muelas abajo.

Herbert no borró todavía la sonrisa de sus labios.

—Celoso, ¿eh? Tiene gracia. Te observé anoche cómo la mirabas y ahora también me he dado cuenta.

—¡Cállate!

—¿Por qué? ¿Es que no te resulta amena la conversación? A mí me divierte mucho. Por eso tenías tantos miramientos con ella. Te gustó como a mí desde el principio. Es una mujer que vale la pena. Posee de todo hasta sobrarle, pero yo tengo una ventaja sobre ti, Ray. A mí no me importa que esté casada.

—Ya lo sabía, Herbert.

—Pero a ti, sí. Para ti el hecho de que ella sea la mujer de otro, lo consideras como si estuviese rodeada de un muro infranqueable. ¿Tengo razón, Ray?

—Es posible.

Herbert soltó una fuerte carcajada.

—El caballero Ray Cope se enamora de una doncella y luego resulta que la doncella tiene ya dueño. ¿Lo ves, Ray? Somos muy distintos; para mí, ella es como otra mujer cualquiera.

—Con la única diferencia sobre las demás de que a ella no podrás tocarla.

—Eso está por ver.

Guardaron silencio durante un rato hasta que al fin reaparecieron el doctor Lewis y Tony Trevor. El médico tenía la chaqueta quitada, remangadas las mangas de la camisa, y se limpiaba las manos con una toalla.

—¿Quién de ustedes es el que da las órdenes? —inquirió.

Herbert señaló a Ray.

—Provisionalmente, él.

El doctor se acercó a Cope.

—Su amigo está muy mal. Cometió una barbaridad al cabalgar con esa bala dentro.

—¿Se la ha extraído?

—Sí. Pero el mal ya está hecho. Ha perdido mucha sangre y es fácil que sobrevenga una infección. Desde luego la herida ofrece un feo aspecto.

—¿Y teme usted que…?

—No puedo asegurar nada, pero desde luego, cabe la posibilidad de que sobrevenga un fatal desenlace.

Hubo un prolongado silencio.

—¿Qué se puede hacer por él, doctor? —preguntó Ray.

—Los hombres no podemos hacer nada. Ni yo mismo como médico. Ahora está en manos de Dios.

—Comprendo.

—Desde luego no se le puede mover de donde está. El más pequeño traslado, provocaría su muerte.

Herbert intervino bruscamente:

—Es usted muy astuto, doctor. Usted espera que diciéndonos eso nos quedaremos nosotros también.

—Estoy emitiendo mi opinión como médico.

—¡Al infierno con sus monsergas! Sabemos que el *sheriff* le puso al corriente y usted espera que nos portemos como unos buenos chicos y le dejemos salir de aquí.

—Tengo que visitar a otros enfermos. Hay uno de ellos que está muy grave y requiere también mis servicios.

—Naturalmente, era lo que faltaba para arreglarlo a su manera. Tiene un enfermo muy grave y con truenos o rayos, usted ha de ir a su casa para tratar de mejorarlo.

—Soy el único médico en veinte millas a la redonda. El médico

de Renford sólo asiste a los enfermos de la ciudad. Los que están fuera de los límites, caen dentro de mi jurisdicción.

Ray Cope miró al médico.

—Si le dejamos marchar, doctor, ¿qué es lo que va a hacer con respecto a nosotros?

—Si me dejan salir de aquí iré a visitar a mi enfermo, el que está grave, y allí daré un mensaje para que lo lleven al *sheriff* de Renford.

—¿Qué clase de mensaje?

—Anunciando que ustedes están aquí, en casa de Trevor.

Herbert se levantó bruscamente de la silla.

—¿Qué estás esperando, Ray, para apretar el gatillo? ¡Liquídalo de una vez!

—Serénate, muchacho —exhortó Ray.

—¿Es que no lo has oído? ¡Va a dar el soplo!

—¡Siéntate te digo!

Herbert apretó los dientes hasta hacerlos rechinar, pero finalmente, volvió a ocupar su sitio.

Luego interrogó Ray al médico:

—¿Cuánto tiempo necesita para llegar a casa de su enfermo?

—Aproximadamente una hora.

—¿Y qué distancia hay entre esa casa y Renford?

—Unos noventa minutos.

—Por tanto, si usted transmitiese ese mensaje, el *sheriff* invertiría lo menos seis horas en llegar aquí, si es que el mensajero no se lo encuentra en el camino.

—Poco más o menos, es así.

—Gracias, doctor. Puede marcharse.

Lewis se quedó durante un rato mirando a Ray, yfinalmente, giró sobre sus talones y entró en la habitación de Smiler, de la cual regresó a poco con la chaqueta puesta y un maletín en la mano.

Herbert Richard comentó:

—Tiene suerte, doctor. Si yo tuviese un arma, usted no saldría de aquí por su propio pie.

Lewis se detuvo ante Ray y murmuró:

—Gracias.

Luego siguió andando hacia la puerta. Con la mano en el tirador, se volvió y dijo:

—A propósito, Tony. No me acordé de decirte antes que tu mujer me dijo le llevases mañana a la pequeña. Tiene muchas ganas de verla.

Tony Trevor se estremeció, y Herbert Richard adelantó el torso con el ceño fruncido y una expresión de perplejidad en el rostro.

—¡Repítalo, doctor! —requirió.

Lewis se dio cuenta de que había dicho algo inconveniente y miró hacia Tony, el cual se había tornado pálido.

Ray Cope advirtió:

—No ocurre nada, doctor Lewis. Todo va a seguir igual. Márchese tranquilo.

Lewis miró todavía unos instantes a Trevor y finalmente, salió, cerrando a sus espaldas.

Herbert soltó una risotada y luego exclamó:

—¡Nos engañó bien, Ray…! ¡Elsa no es su mujer!

Capítulo X

Ray Cope endureció sus músculos faciales mientrasdecía:

—Ya me has oído lo que dije al doctor. El hecho de que no sea su mujer, no cambia nada.

—No trates de engañarte a ti mismo, Ray —opuso Herbert—. Se te nota hasta en la voz. Ha empezado a temblarte. ¿Y qué tiene de malo, después de todo…? Eres un hombre de carne y hueso y ella una mujer, una mujer bonita, que no está atada a nadie.

Tony Trevor golpeó con el puño en el pómulo de

Herbert, y éste se desplomó hacia atrás en la silla, rodando por el suelo.

Elsa irrumpió en la estancia y vio a Tony con la faz desencajada y los puños crispados. Herbert se levantó y fue a abalanzarse sobre Tony, pero Ray se incorporó revólver en mano.

—¡Basta de peleas, Herbert!

Richard volvió la cabeza bruscamente.

—¿Es que te vas a poner de parte de él…? ¡Me ha pegado!

—Lo hubiese hecho yo, de estar cerca de ti… Estás creando demasiadas dificultades, muchacho. Y también mi paciencia tiene un límite. Te vas a sentar ahí y estarás quieto, si no quieres que las cosas se empeoren para ti de un modo rápido.

Herbert se pasó el dorso de la mano por la mejilla castigada y masculló:

—Quiero saber antes cuál es tu plan, Ray.

—Tú y yo nos vamos a marchar.

—¿Te has decidido ya?

—Sí, después de oír al doctor. No podemos llevarnos a Smiler ni tampoco quedarnos, porque entonces nos cazarían.Se lo explicaré a Jackson y él lo comprenderá.

—¿Le vas a dejar su parte?

—No. Se la quitarían en cuanto viniesen.

—¿Y qué crees que le van a hacer?

—Su estado es grave. No podrán llevárselo tampoco. Lo dejarán aquí algún tiempo, si es que se salva.

—¿Y no equivale eso para tu caballerosidad a una traición?

—No, Herbert. Yo hice por él todo lo que pude. Lo traje aquí, le di asistencia médica y eso es todo.

—Una conducta ejemplar por tu parte —ironizó Herbert.

—Está bien, será mejor que nos larguemos cuanto antes. Voy a intentar hablar con él.

Mientras cruzaba la habitación, sus ojos se encontraron con los de Elsa, y por un momento tuvo la impresión de que ella le quería decir algo. No obstante, siguió adelante sin detenerse y entró en el dormitorio donde estaba Smiler Jackson, cerrando tras él.

Smiler respiraba entrecortadamente, aun cuando tenía los ojos cerrados.

—¿Duerme, Smiler? —preguntó Ray.

Transcurrieron unos segundos y luego, Jackson abrió los ojos e hizo un movimiento imperceptible con la cabeza.

Ray se acercó hasta la almohada y agachóse sobre la cabeza de Jackson:

—¿Cómo va eso?

—No muy bien, muchacho… Creo que poco a poco me abandonan las fuerzas.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que ha dicho el doctor?

Hubo una pausa y Smiler miró a *Ray* fijamente:

—No soy ningún chiquillo, puedes decirlo. He tenido una vida larga e intensa, y siempre pensé que a pesar de mi habilidad, un día u otro tenía que acabar así.

—Se repondrá, Smiler. Aún dará guerra.

—No, Ray. No creo que pueda volver a las andadas…, he sido una carga para vosotros. Ya hiciste tú lo que estuvo en tu mano… Ahora debéis largaros antes de que también para vosotros sea demasiado tarde.

—Quisiera llevarle conmigo, pero el doctor dijo que no soportaría ningún viaje.

—Lo sé, muchacho. Ese doctor sabe lo que se trae entre manos… No tienes que preocuparte, Ray.

—Quizá necesite algún dinero.

—No, creo que no, y por si acaso, tengo algo en la bolsa. Debéis llevaros el botín y repartirlo a medias, aunque ese escorpión de Herbert se merece muy poco.

—De todas formas, lo partiré con él en cuanto nos alejemos un poco de la casa. Luego cada cual tirará por su lado.

—No te fíes de él. Herbert tratará de sacar todas las ventajas.

—Lo tendré presente.

—Quiero decirte también algo.

—Creo que ya ha hablado bastante. Eso le hace mal.

—Cuando haya terminado, muchacho. Escucha bien, Ray: tú puedes llegar a ser el pistolero más famoso del país, alguien a quien temerán en todas partes. No hay nadie como tú para desenfundar el revólver. Yo he dicho muchas veces delante de Herbert que era el más rápido de los tres, pero eso no era verdad y tú lo sabías, pero me veías viejo y no querías ponerme en ridículo.

—Son suposiciones suyas.

—¿De qué sirve negarlo? Estoy diciendo la verdad porque estoy a punto de dejar este mundo. La clase de vida que has iniciado con el asalto a la estación no compensa en manera alguna…; te lo digo yo que he estado viviendo así durante muchos años. Uno nunca queda satisfecho con el último golpe. Me he pasado gran parte de mi existencia diciéndome que el asalto que preparaba sería el definitivo pero luego le seguía otro y a éste uno más, hasta que al fin dejé de pensar en ello. Se rueda por la pendiente cada vez con más velocidad. Resulta imposible detenerse, aunque a veces uno piense que le será fácil conseguirlo.

—No me interesa nada de lo que usted dice.

—Estoy seguro de que mientes.

—Se equivoca.

—No me puedes defraudar, Ray. Una voz interior te dice que aún es tiempo para retroceder.

—Tenemos doscientos cincuenta mil dólares, de los que ciento veinticinco mil, son míos. Nos ha costado trabajo conseguirlos y no voy a perderlos.

—Entrégalos a su dueño, Ray, y podrás descansar tranquilo. Tú

no mataste a aquel hombre. Fue Herbert. Tienes las manos limpias de sangre. Ciento veinticinco mil dólares es mucho dinero, pero sé por experiencia que dentro de cuatro o cinco años se te habrá acabado. Mujeres, juego… No, Ray, no lo invertirás en ningún negocio. Lo derrocharás porque siempre estarás pensando en que te será fácil volver a hacerte con otros cien mil. Lo nuestro es como una cadena que está formada por eslabones. Un asalto va detrás de otro. Es así, Ray, y nadie lo puede hacer cambiar.

—La fiebre le hace desvariar, Smiler.

—¿Crees que es la fiebre?

—Desde que le conozco, nunca ha hablado así.

—Pero ahora lo veo todo claro. Voy a emprender el último viaje, Ray.

—Hasta la vista, Smiler.

—No nos volveremos a ver más, Ray, y recuerda lo que te he dicho. Sé que lo recordarás…, lo sé.

El esfuerzo por mantener aquel diálogo había agotado a Jackson, y ahora cerró los ojos como si se sumiese en un profundo sueño. Su corazón aún latía, y Ray observó un rato el movimiento de su pecho. Luego salió de la habitación.

Herbert estaba de pie, mirando socarronamente a Elsa, la cual estaba al lado de la chimenea, cerca de Tony Trevor.

—Vamos ya, Herbert —dijo Ray.

—¿Ni siquiera quieres que probemos un bocado?

—Lo haremos por el camino —la voz de Cope adquirió una gran sequedad—. De prisa, Herbert, si no quieres que te deje en la estacada.

Richard se puso en pie y dirigióse hacia la puerta, siguiendo a Cope.

Ray volvió un instante la cabeza para observar a Tony y a Elsa. Quiso decir algo a guisa de despedida, pero no le salieron las palabras y cruzó el umbral.

Herbert sonrió mientras declaraba:

—Nos volveremos a ver, encanto. Ten la seguridad de que será así.

Luego abandonó la casa, cerrando de un portazo.

Minutos más tarde los dos jóvenes reanudaron la huida cabalgando en sus potros. Dirigiéndose primeramente al lugar en

que habían dejado el botín del asalto, del cual se hizo cargo Ray, y seguidamente prosiguieron su carrera.

Ray iba delante. Herbert a unas yardas detrás de él.

De pronto, Richard espoleó a su cabalgadura y comenzó a ganar terreno sin que Ray se diese cuenta de ello.

Herbert hundió las espuelas cruelmente en los ijares de su caballo y éste dio un salto salvaje hacia delante.

Entonces, el jinete se echó encima de Ray, cogiéndole fuertemente, y ambos cayeron de la silla a tierra.

Comenzaron a dar vueltas. Herbert sabía lo que quería y Ray no había prevenido este ataque. Herbert se desprendió de su rival y levantándose rápidamente, esgrimió el revólver que había quitado a Ray en el forcejeo.

—¡Lo conseguí, muchacho! —exclamó con los ojos desorbitados y la boca babeante.

Ray, todavía en el suelo, contempló el brillante revólver en la mano de Richard, y se levantó, sacudiéndose los pantalones.

—Sí, Herbert —dijo—. Ya me tienes a tu merced, ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Qué crees tú?

—Supongo que querrás los doscientos cincuenta mil dólares para ti, y para evitar que te siga me liquidarás de un balazo.

—Casi has acertado, Ray.

—¿Casi?

—Sí, muchacho. Sólo existe una pequeña variante.

—Me gustaría conocerla.

—No quiero acabar contigo así de una vez. Prefiero algo mucho más bonito. El *sheriff* y un montón de gente que te conoce y están al corriente de que fuiste uno de los que asaltaron la estación de Renford, donde murió un hombre. Nadie sabe quién lo hizo porque los tres llevábamos la cara tapada. Si te cogen, te colgarán.

—No es mala idea.

—Te voy a partir la pierna de un balazo, Ray. Sólo eso. Así no podrás escapar. Si no pides auxilio, te morirás por estos campos, y si lo pides, eres hombre muerto —Herbert lanzó una carcajada—. No tienes ninguna salvación, Ray. Ninguna.

—Eso es lo que estoy viendo. Eres un tipo listo.

—Desde luego, más que tú. Pero te falta conocer la última parte.

—¿Todavía hay una última parte?

—Sí, Ray, una que es mucho más importante que todo lo que te he dicho antes.

Ray Cope frunció el ceño, esperando oír la explicación.

—Hice hablar a Trevor mientras tú estabas con Smiler —manifestó Herbert—. Me pude enterar de cosas verdaderamente interesantes.

—¿Sí? —murmuró Ray.

—Su mujer enfermó de fiebres malignas hace cosa de un mes. El doctor Lewis creyó que se trataba de algo contagioso, y Tony tuvo que trasladar a su mujer al hospital de Renford e inmediatamente escribió a su cuñada Elsa, que vive en Houston, para que viniese a hacerse cargo de la niña. Ahora resulta que lo de la mujer de Tony no es contagioso.

—Eso lo oí yo también.

—Elsa regresará dentro de unos días a Houston. ¿Te vas dando cuenta, Ray? Smiler tenía razón. Esa mujer se me ha metido en la sangre y voy a hacerla mía pese a quien pese.

—No sé adónde quieres ir a parar.

Ray dio un paso hacia delante, pero un rápido movimiento de Herbert con el revólver lo contuvo:

—Te pones nervioso, ¿verdad, Ray?

—Ella no irá nunca contigo. Le das asco, Herbert.

—Dentro de catorce o quince días, cuando hayas perdido mi pista, me presentaré a ella en Houston. Será una verdadera sorpresa. Iré vestido como un caballero y quizá entonces, ella piense de otra forma. Elsa sabrá que tú estás en la cárcel a punto de ser colgado, y que yo soy el dueño de doscientos cincuenta mil dólares. Todas las mujeres gustan de los vestidos y las joyas.

—Ella no es de esa clase.

—Está por ver, Ray; pero aun en el caso de que fallase, me la llevaría conmigo…, por la fuerza. Pagaré a unos cuantos hombres para que la rapten, y yo la estaré esperando en un bonito nido, donde me la entregarán.

—¡Eres un sucio canalla!

—Anda, Ray, insúltame. Dime lo que quieras, pero no vas a conseguir nada. Elsa tendrá que aceptarme sea como sea. Todo eso te servirá para que no te aburras en la cárcel.

—Si me detienen, diré cuál es tu plan y tú también terminarás por caer.

—No, Ray. Estaré preparado para todo. Sabré si vigilan la casa de Elsa o no y, además, tengo mucho tiempo para esperar. Puedo hacerlo durante meses. Primero me proporcionaré un escondite en Houston. Con unos cuantos miles de dólares, encontraré hombres que corran todos los riesgos por mí.

Ray se mojó el labio inferior con la lengua. Luego preguntó:

—¿Recuerdas que querías enfrentarte conmigo con un revólver en la mano, Herbert?

—Sí, Ray, eso es lo que dije; pero ya no me interesa. Si tú estuvieses en mi lugar, correrías el riesgo. A ti te gusta eso, pero yo prefiero la seguridad, y lo seguro aquí es que yo te pegue un balazo en la pierna.

—¡Maldito seas! —exclamó Ray.

Herbert sonrió triunfalmente y de pronto apretó el gatillo. Sonó un estampido.

Ray sintió que una aguja al rojo vivo le penetraba en el muslo y cayó al suelo.

Herbert se acercó a él y agachóse, quitándole el revólver que tenía en la funda, para colocárselo en el cinturón. Luego pegó una patada en el hígado a Cope y éste se retorció de dolor.

—Éste es el fin para ti, Ray —sentenció Herbert—. A partir de ahora, estaré pensando en el momento en que te rodeen el cuello con un lazo de cáñamo.

El rostro de Cope quedó bañado en pocos instantes en un sudor frío. Herbert se dirigió al caballo de Ray y quitó la bolsa, que puso sobre su silla. Luego regresó junto a la montura del hombre que había herido, y la golpeó fuertemente en las ancas. El alazán echó a correr al trote, alejándose de aquel lugar.

Herbert se volvió otra vez hacia donde estaba Ray tendido en tierra:

—Tu caballo me ayudará a que te cojan pronto. Lo encontrarán por ahí y tratarán de encontrar a su dueño pensando que le ha ocurrido algo. Se van a llevar una gran sorpresa.

Ray no contestó, continuando con el rostro pegado a la húmeda tierra. Herbert montó en su silla y lanzó una carcajada:

—¡Hasta la vista, Ray! ¡Te deseo una agonía lenta!

Inmediatamente el pistolero fustigó su potro y éste emprendió una fulgurante carrera.

Ray no se había querido mover mientras Richard permanecía en la escena, pero ahora se sentó sobre la tierra y sacando el cuchillo de monte, rompió la pernera del pantalón. Herbert no había sabido colocarle bien el proyectil. Había entrado por el muslo y salido perfectamente por detrás, sin interesar ningún hueso. La herida sangraba abundantemente, pero estaba seguro de que si la curaba bien, en unos cuantos días podría valerse de su pierna.

De pronto oyó un galope y al volverse hacia la derecha sus labios se distendieron en una sonrisa, porque quien volvía no era Herbert, sino «Tommy», su caballo.

El alazán llegó a su lado y le acercó el hocico como si quisiera interesarse por su estado.

Ray lo acarició cariñosamente y luego dijo:

—Ponte a este lado, muchacho. Necesito coger unas cuantas cosas de ahí arriba.

«Tommy» le obedeció, y entonces Ray se ayudó del estribo para enderezarse y coger de la parte de atrás de la silla unos pedazos de tela de la camisa que había desgarrado para curar provisionalmente a Jackson.

En pocos minutos se hizo un buen vendaje en la herida, asegurándose de que podría cabalgar sin provocar una pérdida excesiva de sangre.

Más tarde montó despaciosamente, porque la pierna le dolía, y palmeando a «Tommy» en el cuello, le dejó sueltas las bridas para que fuese al paso.

No podía seguir de momento a Herbert Richard, pero sabía cuál era su destino: Houston.

Capítulo XI

Ray Cope se encontraba tendido en la cama cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Apareció un hombre de unos cuarenta años de edad, robusto, de cabeza poderosa. Estaba en mangas de camisa y llevaba un diario en la mano.

—Aquí tiene *El Clarín de Houston*, señor Forester.

—Gracias, señor Johnson.

Ray cogió el periódico y lo dejó encima de la almohada, a su lado. Johnson puso los brazos en jarras y preguntó:

—¿Cómo va esa pierna?

—Mucho mejor.

—Con hoy, son cinco días que llegó usted, y todavía no ha puesto los pies en la calle. ¿No cree que debe verlo un médico?

—Oh, no hace falta. Dentro de un par de días, ya podré salir.

—Tuvo mala suerte con esa caída. Pero aún fue peor lo de un primo mío. Era conductor de diligencias, allá por Arizona, y de pronto un mal día se cayó del pescante y las ruedas le pasaron por encima. Se quedó allí, frito.

—Sí, todo consiste en que uno tenga buena o mala suerte.

—¿A la misma hora la comida?

—Sí, como siempre.

Johnson se dirigió hacia la puerta para salir y ya cerca del umbral, se volvió:

—A propósito, señor Forester. No es que no me fíe de usted, pero ya sabe que sólo me pagó tres días por anticipado.

Ray se metió una mano debajo de la almohada y sacó una bolsa, de la que extrajo una moneda de a dólar que arrojó al aire a

Johnson:

—Ahí tiene un par de días más.

—Gracias, señor Forester. Es usted todo un caballero, pero ya sabe, todos tenemos que vivir.

Inmediatamente que Johnson salió, Ray cogió el periódico y lo abrió por la primera página. Hacía muchos días que devoraba el periódico de Houston sin encontrar nada de lo que buscaba.

Pasó la primera página y sus ojos recorrieron los titulares de la segunda. Allí estaba, en un recuadro del fondo, a la derecha.

Dobló el periódico con rapidez y leyó la noticia que decía así:

«Nos comunican desde Renford que ayer por la mañana falleció Smiler Jackson, uno de los tres pistoleros que asaltaron a los vigilantes de la compañía de carbones Stratton en la estación de aquella localidad hace dos semanas.

»Como se recordará, Smiler Jackson fue herido mortalmente por Bob Stevens, el jefe de los vigilantes de la compañía Stratton que resultó muerto cuando trataba de impedir la huida de los forajidos. El *sheriff* de Renford, Daniel Larkin, ha tratado durante varios días de arrancar a Smiler Jackson el paradero de sus cómplices; pero el pistolero ha muerto sin señalar una sola pista. Hasta el momento presente no se tiene noticia alguna de cuál es la dirección que hayan podido tomar los otros dos pistoleros que llevan consigo nada menos que la cantidad de doscientos cincuenta mil dólares.

»La opinión más unánime entre los ciudadanos de Renford es que a estas horas los fugitivos se deben encontrar camino de México, donde piensan disfrutar de su botín.»

Ray dobló el periódico y lo arrojó a los pies de la cama. Luego puso los brazos bajo la nuca y quedóse pensativo mirando al techo.

Así pues, Smiler Jackson había dejado de existir. Por fin había emprendido el último viaje, aquél para el que se preparó en su presencia, descargando todo lo que llevaba dentro.

Las palabras de Smiler cobraron ahora para él, Ray, una vigencia extraordinaria. Podía recordarlas punto por punto, hasta sus pausas, como si todo aquel discurso hubiese estado grabado a fuego en su mente.

Poco a poco se fue aquietando porque una nueva imagen sustituyó a las anteriores. La imagen de Elsa. El recuerdo de aquel rostro de apacible belleza, de aquella mujer que lo había mirado a

él tantas veces, fue aquietando su espíritu, y hasta su cuerpo fue encontrando una nueva vitalidad.

Hacía ya ocho días que se encontraba en la modesta pensión de Houston. La herida de la pierna estaba casi cicatrizada y sólo sentía una ligera molestia.

Tenía que decidirse a salir a la calle. Posiblemente Elsa ya se encontraría en la ciudad, y en cuanto a Herbert también quizá se hallase ya dispuesto a llevar a cabo la última parte de su plan.

Quiso conocer sus posibilidades y anduvo durante un rato de parte a parte de la habitación. Al principio asentaba la pierna con temor; poco a poco fue tomando confianza. Cuando se encontró dispuesto, abandonó la habitación.

Abajo encontró a Johnson. El dueño de la casa lo miró con ojos asombrados:

—Enhorabuena, señor Forester. Ya veo que empieza usted a hacer pinitos.

Ray sonrió, agitando la cabeza en sentido afirmativo. Luego dijo:

—Necesito la dirección de una persona, Johnson, y he pensado que tal vez usted me la podría facilitar.

—A lo mejor le puedo servir de ayuda. ¿De quién se trata?

—El caso es que no conozco más que su nombre. Es una joven que se llama Elsa.

—Va a ser muy difícil, si no me da más detalles.

—Le puedo dar otros. La hermana está casada con Tony Trevor, el cual vive cerca de Renford.

Johnson parpadeó perplejo durante unos segundos y por fin preguntó:

—¿Es el mismo Trevor en cuya casa se refugiaron los pistoleros de Renford?

—Exactamente. He seguido las noticias de los periódicos y resulta que Tony y yo somos amigos. Elsa fue allá porque la esposa de Trevor se encontraba enferma, pero ya debe haber regresado a Houston y quisiera verla para preguntarle por Tony y la familia. Tony siempre se portó bien conmigo.

—Comprendo. Bien, eso es mucho más fácil de lo que parecía en un principio. Tengo un conocido en la redacción de *El Clarín*. Si la chica ha regresado a Houston, tenga la seguridad de que los periodistas habrán ido a interrogarla y mi amigo conocerá su

dirección.

—¿Podrá facilitármela ahora?

Johnson se acarició el mentón y finalmente, decidió:

—De acuerdo, pero a condición de que usted se quede aquí. No tardaré más de una hora.

—Bien, Johnson. Me ocuparé de su negocio mientras usted me hace ese favor.

Johnson cogió una chaqueta de una percha y se la puso. Se despidió de Ray y salió.

El joven sólo tuvo que esperar unos cuarenta y cinco minutos. Johnson regresó enjugándose el sudor del rostro con un pañuelo.

—¡Demonios! —exclamó, dejándose caer en una silla—. Hace un día de calor espantoso.

—¿Lo consiguió, amigo?

—Desde luego. La joven que usted busca llegó anoche mismo. Precisamente mi amigo le hizo una entrevista que saldrá en el número de mañana. Se ve que la muchacha pasó lo suyo. Los forajidos estuvieron en casa de su cuñado dos veces, antes y después de cometer el asalto.

—¿Dónde vive?

—En la avenida Lincoln, número ciento veintisiete.

—¿Sola?

—No; la casa pertenece a una anciana, y Elsa tiene alquilada una habitación allí.

—¿Sabe a qué se dedica la chica?

—Es maestra.

—Gracias, Johnson.

Ray sacó la bolsa de dinero que Smiler Jackson le había entregado antes de salir de San Antonio en previsión de que el asalto fracasase y tuvieran que separarse, y dio una moneda de un dólar a Johnson. Éste se hizo jalea y Ray ganó la calle rápidamente.

Preguntó a un peatón por la avenida Lincoln y recibió el informe que requería.

Caminaba con una ligera cojera, y le llevó más de media hora recorrer un cuarto de milla.

El ciento veintisiete de la avenida Lincoln era una casa de madera rodeada por un jardín.

Pasó de largo ante la verja y vio debajo del pórtico a una señora

sentada en un sillón que leía atentamente una novela. Después de pasar de largo, cruzó la calle y buscó refugio a la sombra de un sicomoro que crecía precisamente frente al ciento veintisiete.

Allí se recostó en el tronco y lió un cigarrillo. Eran las once de la mañana e indudablemente, Elsa se hallaba en la escuela. No tardaría en volver, pues se acercaba la hora del almuerzo.

Miró a uno y otro lado de la avenida pero no encontró a ningún sospechoso que estuviese como él, vigilando.

Habían transcurrido más de quince minutos desde que tomó posesión de su observatorio, cuando la vio venir por la acera de enfrente.

Tuvo el convencimiento de que su corazón latía más aprisa, y se asombró de que la sola aparición de ella le produjese aquella emoción.

Caminaba altiva, bella como una diosa, y ahora se cubría con ropas de ciudad y parecía más bella.

Ray se escondió, temiendo que ella al doblar la cabeza lo descubriese.

Elsa llegó ante la casa y entró en el jardín. La señora que había en el pórtico la recibió con una sonrisa. Hubo un cambio de palabras entre ambas y entraron juntas.

Ray permaneció pensativo a la espera. Como cosa de cuarenta y cinco minutos después, reapareció Elsa y tomó el camino que había traído anteriormente.

Entonces, Ray regresó a la pensión. Johnson le estaba esperando junto a la puerta de la calle:

—¿Logró ver a la muchacha, señor Forester?

—Sí, desde luego.

—Habrá pasado un buen rato. Mi amigo el periodista dijo que se trataba de una joven como hay pocas.

—Sí, es bonita.

Johnson quería liar la hebra, pero a Ray no le interesaba aquella conversación.

—Siento haber llegado tarde, señor Johnson, pero el caso es que no he comido.

—Da igual. Hoy he tenido poco trabajo. Pase al comedor y ordenaré que le sirvan algo.

Ray dio la vuelta para ir al comedor cuando Johnson preguntó:

—¿Le ha contado ella algo nuevo sobre el asalto?

—Nada. Todo lo que ella me explicó, vino ya en los periódicos.

—Es lo que me pregunto yo. ¿Dónde estarán esos tipos?

—Yo creo también que deben hallarse en México.

—Es posible. ¡Y nada menos con doscientos cincuenta mil dólares! —Johnson entrecerró los ojos mirando fijamente a su huésped—. ¿Sabe que la compañía Stratton de Renford ha establecido una buena recompensa por la captura de esos dos pistoleros y la recuperación del botín?

—Si

—Nada menos que quince mil dólares. Una verdadera fortuna, ¿no le parece?

—Desde luego lo es, pero lo malo está en que los dos fulanos se han evaporado.

Johnson dejó correr unos segundos y luego dijo:

—Es una verdadera pena. Me gustaría toparme con cualquiera de ellos, ¿sabe, señor Forester? Sería una suerte para mí.

Ray carraspeó suavemente y repuso:

—Yo no lo creo así. Tenga en cuenta que son un par de… asesinos. Y creo que serán capaces de hacer cualquier cosa por continuar disfrutando de su libertad.

Ray se encaminó hacia el comedor. Las palabras de Johnson le habían preocupado. ¿Sospecharía algo aquel hombre?

Una vez hubo comido, subió a su cuarto y se tendió en la cama.

Al parecer, Herbert Richard todavía no había empezado a ocuparse de Elsa, pero no tardaría en hacerlo, porque a aquellas alturas, estaría al corriente de que él, Ray, había escapado del *sheriff* de Renford.

Sería cuestión de pocos días, quizá horas…

Capítulo XII

Elsa se estaba empolvando la nariz, disponiéndose para ir aquella mañana a la escuela cuando llamaron a la puerta.

—Está bien —dijo.

La señora Edison abrió la puerta.

—Uno de esos periodistas acaba de llegar —anunció.

—¿Otro?

La señora Edison sonrió:

—Son los inconvenientes de ganarse una celebridad de la noche a la mañana.

—¿Cuándo van a terminar de una vez? Si ya les he contado todo lo ocurrido…

—Te advierto que éste tiene una presencia estupenda. Joven, bien parecido y elegante. Apuesto a que es el propio dueño de *El Clarín de Houston*. Quizá ha oído hablar a sus muchachos de ti y se ha enamorado de referencias. No sería el primero.

Elsa sonrió divertida a su patrona:

—Es usted incorregible, señora Edison. Lee demasiadas novelas.

La señora Edison dio un suspiro, murmurando:

—Nadie me viene a buscar a mí. Y eso que el otro día el señor Ross me dijo que con este nuevo peinado me había quitado diez años de encima.

—Eso ya es algo. Apuesto a que el señor Ross termina por declararse un día de éstos. No pierda las esperanzas. ¿Quiere decirle a ese periodista que pase?

La señora Edison se marchó, cloqueando como una gallina y dejó la puerta abierta.

Elsa se arregló frente al espejo unos bucles del cabello mientras oía unos pasos firmes que se acercaban a la puerta. El hombre entró

en la estancia y cerró a su espalda.

La joven dio media vuelta para ver a su visitante y se quedó estupefacta, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

Herbert Richard, cubriéndose con un impecable traje príncipe Alberto, levantó las manos, ocupada la derecha con el sombrero y la izquierda con un fino bastón:

—¿Qué tal me encuentras, encanto…? Parezco otro, ¿verdad?

—¡Usted!

—Yo siempre he dicho que el dinero es como el barniz. Un mueble sin él, es algo sucio, mal acabado. Un hombre sin dinero es un simple pedazo de basura, pero con buena plata, todo cambia.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo se ha atrevido a venir aquí?

—Muy sencillo, preciosa. Tú misma has dado la respuesta. Efectivamente, estoy loco… por ti.

Hubo una larga pausa y de pronto, ella exclamó:

—¡Salga de aquí inmediatamente!

Herbert sonrió, enseñando su dentadura blanca como la leche:

—Estás excitada, encanto. Pero no debes tener cuidado. La policía no me ha seguido. Soy un hombre libre, como un pájaro, y con doscientos cincuenta mil dólares a mi disposición.

—¿Qué pretende?

—Creo que el hecho de aparecer ante ti lo indica claramente. Te vas a casar conmigo. Perdona que no te lo diga de otra forma. Siempre he sido un poco brusco con las mujeres. Claro que las que yo he tratado no eran de tu clase, pero es lo mismo. En ese aspecto, uno no puede cambiar ni siquiera con dinero.

—Su audacia es verdaderamente increíble.

—¿Verdad que sí, preciosa? Es una de mis condiciones que siempre he cuidado. La audacia. Ello me ha permitido seguir adelante y ahora te diré en secreto una cosa. Cuando Smiler Jackson me dijo lo que íbamos a hacer en Renford, pensé que yo me las tenía que arreglar para que todo el botín viniese a mis manos. Al principio creí que me iba a resultar difícil, pero luego las cosas se fueron arreglando y terminó por ser algo muy simple.

—¿Quiere decir que Ray Cope no está con usted?

—¿Ray Cope…? Oh, no.

La joven se llevó instintivamente una mano a la garganta:

—¿Lo mató?

—Eso es lo que debí hacer. ¡Maldita sea! —se dio cuenta de su exabrupto y sonrió—: Perdona, Elsa. Debo olvidarme de algunos de mis antiguos modales ahora que soy un hombre rico.

—¿Qué pasó entre usted y Ray Cope?

—Poca cosa para lo que debía haber ocurrido. Pude acabar con él poco después de abandonar la casa de tu cuñado, pero soy un tipo sentimental. Ray había sido un compañero mío. ¿Por qué iba a matarlo? Yo soy así de bueno, ¿sabes?

—Usted es tan bueno como una serpiente de cascabel.

Herbert la miró fijamente y soltó una carcajada:

—Es curioso, Elsa. No hubiera permitido que ninguna mujer me dijera eso, y oído de tus labios suena verdaderamente maravilloso.

—No interrumpa su explicación, señor Richard; ¿qué es lo que hizo con Ray?

—¿Ray…? —Herbert frunció el ceño, pero no dejó de sonreír—. De modo que yo soy para ti el señor Richard y él, Ray a secas.

—Le he hecho una pregunta.

—Y yo trato de contestar —dijo el forajido, tornándose serio—. Le pegué un balazo en la pierna; ¿sabes por qué, Elsa? Quería que lo cogiesen… A nadie he odiado más en esta vida que a ese hombre.

—Usted odia a todo el mundo.

—Quizá tengas razón, a todo el mundo…, menos a ti. Por eso estoy aquí. Para que aceptes ser mi mujer.

—¡Es usted un iluso!

Herbert rió de nuevo con buen humor.

—Soy el hombre más apegado a las cosas de la tierra y jamás me he dejado llevar de la fantasía, encanto. He sido un hombre práctico y los hechos lo demuestran. Ray disparó primero sobre aquel hombre de la estación de Renford. Ray se contentó con desarmarlo, pero luego disparé yo y mi bala se la clavé bien en el estómago.

—¡Asesino!

—Sí, Elsa. Yo lo maté porque no podía soportar que aquel estúpido tratase de impedir que nos llevásemos lo que ya era nuestro.

—¡Suyo únicamente, dirá!

—Sí, encanto. Doscientos cincuenta mil dólares míos. Una verdadera montaña de dinero que me permitirá hacer cuanto desee. Que me dará un nombre que será respetado por todos. ¡Ahora soy

Douglas Mackenzie! ¿No te parece aristocrático?

—¡No le hará cambiar en nada! ¡Seguirá siendo un indeseable!

—No, preciosa, a partir de ahora seré un caballero y tú vas a ser una dama. ¡La señora Mackenzie!

—¡Jamás!

—Desafío a que haya alguien que trate de impedirlo. ¿Acaso esperas ayuda de tu Ray? El nunca vendrá por aquí. Debió arrastrarse desde el lugar en que yo le dejé y sin duda murió desangrado en cualquier lugar. Alguien encontrará un día su esqueleto en una hondonada u otro sitio.

—¡No necesito ayuda de nadie! ¡Me basto yo sola para decirle que nunca seré la mujer de un miserable como usted!

—Eso es lo que piensas ahora, pero cuando vivas rodeada de lujo y de comodidades te sentirás satisfecha de tenerme a tu lado.

—¡Ese día no llegará nunca!

—Es lo que tú crees, monada. Tengo todos los triunfos en la mano.

—Debe haber bebido demasiado.

—Te aseguro que no he probado una sola gota de *whisky*. Lo dejé para después. Entonces será el momento de brindar por nuestra futura felicidad. ¡Por los señores Mackenzie! Y vas a saber ahora por qué estoy tan seguro de que nuestra boda será un hecho.

Elsa esperó la declaración de Herbert angustiada. Un sexto sentido la advertía que para aquel hombre no existían barreras si trataba de lograr un fin.

—No me dejas elegir, Elsa, pero si no accedes a ser mi esposa, alguien lo pagará por ti.

—No sé a qué se refiere.

—A Tony Trevor, a tu hermana y a la niña. Sé dónde están. Conozco bien aquella casa. Tengo unos cuantos hombres a mi disposición y una orden mía bastará para que se presenten en aquel lugar donde te conocí y lo arrasen todo, dejando sobre las ruinas tres cadáveres.

—¡No!

—Sí, Elsa. Y no me digas que tú lo impedirás avisando a la policía. Estas cosas no se pueden evitar cuando un hombre como yo está decidido a llevarlas a cabo.

—¡Es usted un canalla!

—Sí, Elsa. Un canalla que está dispuesto a todo por lograrte.

Elsa se llevó las manos a la frente, apretándose las sienes con fuerza.

—Habría sido más bonito que hubieses accedido sin necesidad de amenazarte —continuó Herbert—. Pero tú has querido que sea de esa forma.

Elsa apoyó las manos en el respaldo de la silla que tenía al lado.

Herbert continuaba hablando:

—He preparado nuestro viaje para mañana, querida.

Naturalmente nos casaremos antes. Ya está avisado el juez y la ceremonia se celebrará a las diez. Inmediatamente después nos dirigiremos a la estación, donde tomaremos el tren para Santa Fe. Provisionalmente, fijaremos nuestra residencia en San Francisco. Dicen que es una ciudad que va a más y que un hombre astuto y rico puede allí hacerse millonario. Tienes toda la tarde para preparar el equipaje, aunque no es necesario que lleves muchas cosas. En cuanto lleguemos a Santa Fe te compraré de todo: vestidos, joyas, lo que haga falta.

Elsa escuchaba con la cabeza baja, sintiendo que en su pecho se producía un gran vacío.

—Y un consejo, monada. No trates de ponerte en contacto con las autoridades. No conseguirías nada. Mis hombres están avisados. Si yo caigo, los días de Tony Trevor, tu hermana y la niña estarán contados, y acabarán con ellos aunque se escondan en el mismo infierno. Yo preparo bien las cosas y mis chicos han recibido el pago de su trabajo por adelantado. Ya lo sabes, pequeña. Vendré por ti mañana a las nueve. No me hagas esperar mucho. Si quieres puedes invitar a alguna amiga, no hay inconveniente. Explícales que me conociste en Renford y que yo soy todo un personaje —Herbert se dirigió hacia la puerta y la abrió. Antes de salir volvió la cabeza, despidiéndose—: ¡Hasta mañana, señora Mackenzie!

Apenas la puerta se hubo cerrado, Elsa corrió a la cama y se tendió de bruces, rompiendo a llorar en un prolongado sollozo.

Capítulo XIII

Herbert Richard se contempló ante el espejo y sonrió a la imagen que éste le devolvía.

Dentro de muy pocas horas conseguiría al fin colmar sus deseos.

De pronto dieron un golpe a la puerta de la habitación que ocupaba en el hotel de La Estrella Solitaria.

Frunció el ceño.

No esperaba ninguna visita a aquella hora tan temprana del día.

Comprobó su reloj. Eran las ocho y veinte minutos, y a las nueve debía estar en casa de Elsa para recoger a la joven.

Se acercó a la mesita de noche y desenfundó el revólver. Puso el dedo en el gatillo y se acercó a la puerta sigilosamente:

—¿Quién es?

No hubo respuesta.

Sintió un escalofrío por la espina dorsal y mordióse el labio inferior preocupadamente. Se pegó a la pared y alargó el brazo cogiendo el tirador. Dio la vuelta a éste suavemente y de pronto abrió de un golpe, echando el revólver hacia delante.

—¿Quién es? —repitió.

Un nuevo silencio siguió a su pregunta. Entonces se apartó poco a poco de la pared y comprobó que al otro lado del corredor, no había nadie.

Salió fuera, tomando toda clase de precauciones. El pasillo seguía desierto. Entonces echó a andar hacia el comienzo de la escalera y llegando allí, miró hacia abajo. Vio un trozo de *hall*, en donde dos hombres hablaban animadamente.

Bueno, sabía lo que había ocurrido. Alguien llamó a su puerta por confusión. Giró sobre sus talones y volvió a sonreír, encaminándose a su cuarto.

¿Qué clase de estúpido era? ¿Por qué infiernos había de sentir temor en un día como aquél, cuando se disponía a casarse con Elsa Mitchell?

Cruzó el umbral de su habitación, al tiempo que empujaba la puerta para cerrarla.

Instantáneamente un brazo surgió por detrás y lo apresó por el cuello mientras una mano le aferraba la muñeca armada. Lanzó un grito gutural porque sintió que le faltaba el aire para respirar.

—¡Tira ese revólver, Herbert!

La voz le dejó helado. ¡Su agresor era Ray Cope!

Trató de hacer un esfuerzo por desasirse de aquel abrazo mortal, pero Cope seguía apretándole más y más. Los ojos de Herbert parecieron ir a salirse de las órbitas y entonces, a punto de morir asfixiado, dejó caer la pistola sobre la alfombra. Ray le pegó un empujón y agachóse rápidamente, tomando posesión del arma.

Herbert trastabilló y estuvo a punto de caer, pero finalmente logró conservar el equilibrio, apoyando las manos en la pared. Se volvió sobrecogido por el pánico y se quedó mirando a Ray Cope, que estaba frente a él, cargando su cuerpo ligeramente sobre la pierna derecha.

—Buenos días, Herbert —saludó con voz ronca.

Herbert miró el arma y luego a los fríos ojos de Cope:

—¿Cómo estás, Ray?

—No me puedo quejar, aunque he tenido que estar unos cuantos días en dique seco.

Herbert sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y enjugóse el sudor que transpiraba las palmas de sus manos.

—Me alegro, Ray, de que te libraras al fin.

—¿De veras?

—Después de dejarte, pensé lo que había hecho y volví para llevarte conmigo.

—¿Sí?

—A fin de cuentas, habíamos sido compañeros en el asalto.

—Fuimos compañeros —repitió Ray.

—Me dije que al fin y al cabo lo que había habido entre nosotros era algo absurdo. ¿Por qué habíamos de llevarnos mal?

—Por doscientos cincuenta mil dólares —replicó Ray.

—Ciento veinticinco mil, también es una buena cantidad.

—Te has vuelto de pronto muy generoso.

—Oh, no, Ray. No interpretes mal las cosas. Ya te he dicho que regresé, pero tú ya te habías marchado. No sé de qué medio te valiste para ello, pero no estabas allí.

Ray dejó transcurrir unos segundos mientras miraba fijamente a su rival. Luego apretó los dientes y dejó escapar las palabras:

—Eres un sucio puerco, Herbert, el más sucio de cuantos me he echado a la cara.

—¡Te juro que es cierto, Ray!

—No tienes ni siquiera la hombría de mantener tu actitud cuando ves frente a ti un revólver.

—Tienes que creerme, Ray. No puedes disparar contra alguien que te acompañó en aquella aventura. Era como si fuéramos hermanos. Corríamos el mismo riesgo los dos. Si fracasábamos era la muerte y estábamos allí para ayudarnos.

—Anda, Herbert, arrástrate como un reptil, suplica por tu vida.

Los labios temblorosos de Herbert balbucieron algo ininteligible y luego dijo rápidamente:

—El dinero está aquí. Lo tengo en un maletín que guardo bajo la cama.

—¿De veras? Anda, sácalo.

—Es una valija de doble fondo.

—Sácala te digo. Y cuidado con hacer alguna diablura. Te coseré contra la alfombra sin remedio.

Herbert lo miró con temor y asintió nuevamente. Agachóse y levantó la colcha, luego estiró el brazo e hizo aparecer el maletín que depositó sobre el lecho.

—Abrelo —ordenó Ray.

Herbert sacó un llavero del bolsillo del chaleco, eligió una de las llaves y la introdujo en la cerradura del maletín. Lo abrió e hizo saltar una tapa que había en el fondo. Los billetes, en fajos debidamente superpuestos, aparecieron ante los ojos de Ray.

—¿Está ahí todo?

—Sí, menos unos centenares que invertí en gastos menudos. Ya sabes… Trajes, zapatos, pago adelantado del hotel…

—¿Y qué más, Herbert? ¿Qué más has sacado de ahí?

—Nada más —murmuró Herbert, mostrando las palmas de las manos.

—No, Herbert. Falta algo.

—Es imposible.

—Sí, compañero. Falta el importe del anillo de boda.

—¿Qué dices…?

—El anillo de boda que debías poner en el dedo de Elsa Mitchell. ¿Me equivoco, Herbert?

—Se me había olvidado. Tienes razón.

—Tengo curiosidad por verlo. Anda, Herbert, muéstramelo.

Herbert se metió los dedos índice y pulgar en otro bolsillo del chaleco y extrajo una pequeña caja de cartón que alargó a Ray. Éste la cogió y, alejándose un poco de Richard para evitar cualquier sorpresa, abrióla y contempló el refulgente anillo de oro que había sobre una base de terciopelo de color granate.

—Tienes buen gusto, Herbert —Ray sonrió—. Pero ella lo merece, ¿no?

—Ha consentido en ser mi mujer, ¿lo oyes, Ray? Lo ha consentido. No puedes mezclarte tú en esto. Ella me quiere a mí.

—Claro que sí, Herbert, claro que sí.

—Me está esperando ahora. Debo ir a recogerla a las nueve. Nos casaremos y nos marcharemos a California. Pórtate como un buen amigo, Ray. Coge los ciento veinticinco mil y lárgate.

—Me falta saber un detalle.

—¿Cuál?

—Respecto a ese consentimiento de Elsa. ¿Cómo te demostró su amor? ¿Con un beso? ¿Con un apretón de manos? ¿Cómo, Herbert?

—Simplemente le dije que la quería y ella entonces…

—¿Qué, Herbert? ¿Qué dijo ella, entonces?

—¡Maldita sea! ¡Me dijo que ella me quería también!

—Un bonito romance si fuese cierto.

—¡Lo es, Ray!

—No, Herbert. Es posible que ella te esté esperando y hasta admito que fueseis a casaros, pero has tenido que vencer su voluntad valiéndote de algún medio repulsivo.

—¡Es tu imaginación la que inventa eso!

—¡No me puedes engañar más que una vez, Herbert! Ella siente la misma adoración por ti que por un inmundo sapo que encontrase debajo de su almohada. Y ya adivino lo que le has podido decir para doblegar su voluntad. Habrá sido otra vez tu truco de

amenazarla con acabar con la niña o con su propia hermana —Ray se dio cuenta de que Herbert se estremecía—. Sí, muchacho, eso es, lo cual no me extraña de ti.

Hubo un prolongado silencio mientras los dos hombres se miraban.

—De acuerdo, Ray, renunciaré a ella.

—¿Vas a hacer tan enorme sacrificio, Herbert?

—Cogeré la mitad de ese dinero y seré yo quien se marche.

—La oferta no es aceptada.

—¿Por qué, Ray? ¡Es mi parte! Para ti la mitad y la chica. Te diré algo, algo que te interesará saber… ¡Ella te quiere, Ray!

—¡Maldito bastardo!

—¡Te repito que te quiere! Creyó que yo te había matado y la vi palidecer en mi presencia. Es cierto que te odio, Ray, que siempre te he odiado, pero ahora te digo la pura verdad. Coge los veinticinco mil y márchate con ella, pero déjame a mí lo mío. Llevo muchos años persiguiendo la fortuna y, al fin, la he encontrado. Buscaré a otra Elsa en cualquier parte.

Las palabras de Herbert habían calado hondo en Ray. Aquella declaración de que Elsa lo quería le había conturbado el ánimo…

De pronto, algo pesado y duro chocó contra su cabeza y la imagen de Herbert Richard empezó a difuminarse ante sus ojos. Sintió que le faltaban las fuerzas y que ahora eran las dos piernas las que se negaban a sostenerlo.

Hizo esfuerzos por no perder el conocimiento y, de pronto, sintió que una bota le golpeaba el estómago. Sintió fuertes calambres por todo el cuerpo y quedó exánime, boca abajo sobre la alfombra.

—Ha sido un buen trabajo, chicos —oyó la voz de Richard—. Si tardáis un minuto más me hubiese baleado.

Alguien respondió:

—Lo vimos subir por la escalera, jefe, y yo me di cuenta de que coincidía bastante con la descripción que usted nos dio de Ray Cope. Tuve que esperar a éste, que se había ido a beber una copa. Después de lo que dijo usted de él, no me atreví a subir solo.

—Bien hecho, Norton. El caso es que lo tenemos ahora en nuestras manos y esta vez no se escapará, pero es un trabajo que vais a hacer vosotros.

—Después de todo, es razonable. Usted ya nos pagó ¡y por todos

los infiernos que han sido buenos dólares!

—Yo me marcho ya. Me espera mi dama.

—¿Quiere que lo liquidemos aquí?

—No. Si encuentran su cadáver en mi habitación me pueden buscar complicaciones. Esperad a que vuelva en sí. Entonces lo cogéis y os lo lleváis a las afueras de la ciudad. Allí lo podréis ultimar a vuestro gusto.

—Corriente, jefe.

—Supongo que no fallaréis.

—Puede despedirse de él tranquilo. No lo volverá a ver en toda su vida.

—Muy bien —aprobó Herbert, con voz satisfecha.

Luego, Ray Cope oyó el chasquido metálico que producía la valija que contenía el botín al ser cerrada.

—Hasta la vista, muchachos —dijo Herbert.

—Buena suerte, jefe, y felicidades por su matrimonio.

—Gracias, chicos.

Ray oyó unos pasos y poco después la puerta se cerró.

Se dio cuenta de que si no se desembarazaba de aquellos hombres allí mismo, llegaría demasiado tarde para impedir la boda de Herbert.

Probablemente aquellos hombres estaban confiados y ninguno de ellos esgrimía el revólver porque sabían que él no tenía ninguno.

Sólo le faltaba saber cuántos eran.

Abrió el rabillo del ojo y vio cerca de su cara dos botas. Por detrás de los talones vio otras dos. ¿Habría alguien más?

Esperó que fuesen solamente dos los asesinos. Debía arriesgarse y lo hizo. De pronto, alargó una mano cogió un tobillo tirando de él, con todas sus fuerzas.

El otro soltó una exclamación y perdió el equilibrio golpeando con su cuerpo a su compañero.

Ray se enderezó como una centella y descargó un golpe terrible en el plexo solar de uno de sus antagonistas que se disponía a sacar el revólver. Luego pegó un puntapié en el bajo vientre al compañero, el cual se puso cárdeno y giró como una peonza antes de caer al suelo, donde empezó a soltar arcadas.

El otro logró colocar un izquierdazo junto a la oreja de Ray y éste retrocedió. Su agresor intentó de nuevo desenfundar, pero el

joven se arrojó sobre él y ambos cayeron al suelo. Ray luchaba con el coraje que le brotaba de cada una de las células de su cuerpo porque estaba en juego algo más que la vida, la de la mujer que amaba. Su enemigo fue una víctima fácil para él y con dos puñetazos lo privó del conocimiento. Luego le quitó el revólver y se levantó sintiéndose dueño de la situación.

Capítulo XIV

La señora Edison abrió la puerta al oír la autorización de Elsa.

—Querida, el novio acaba de llegar y espera abajo.

La joven, con la cara mortalmente pálida, se volvió hacia su patrona.

—¿Quiere usted decirle que suba?

—Estás preciosa, querida. Debes sentirte emocionada —la señora Edison sonrió feliz.

—Sí, creo que sí —asintió Elsa.

—Ahora mismo le doy el recado.

Poco después volvieron a llamar a la puerta y Herbert Richard entró sin esperar a que la joven diese la autorización. Cerró a su espalda y dejó una valija que llevaba en la mano sobre una silla.

—Estás encantadora, ricura —comentó después de observar de pies a cabeza a la muchacha—. Creo que formamos una pareja perfecta.

—He querido hablarle a solas para que queden bien sentadas las cosas entre nosotros.

—¿Es necesario?

—Desde luego. Me obliga a que me case con usted, señor Richard, y usted sabe por qué consiento en ello.

—Olvídalo.

—No lo podré olvidar jamás.

—No, jamás no, Elsa. Yo te ayudaré a lograrlo con mis besos…

—De eso se trata precisamente. Usted no podrá exigirme nada porque yo, en consecuencia, no me consideraré como su esposa.

—Ya se te pasará con el tiempo.

—Se lo advierto para que no le pille desprevenido. Le seré fiel porque jamás ofreceré ninguna oportunidad a ningún hombre.

—Eso está bien.

—Pero no interprete esa fidelidad hacia usted como respeto a nuestro matrimonio.

—A mí me bastará, Elsa. Tendré paciencia porque sé que al fin acabarás dándome lo que yo quiero.

—Eso no ocurrirá nunca.

—No renuncio a que un día me hables de otra forma, Elsa.

La joven levantó la barbilla con altivez:

—Y yo nunca podré olvidar lo que es usted…, un asesino.

—Son pequeñas minucias que una mujer no debe tener en cuenta a su esposo si éste la quiere tanto como te quiero yo a ti. —Herbert hizo una pausa—. Y ahora, querida, ¿quieres que salgamos ya? Nos están esperando para unirnos para toda la vida.

—Sí, ya voy.

De súbito, la puerta se abrió de golpe, Herbert y Elsa dirigieron la mirada al propio tiempo hacia el hueco y ambos quedaron asombrados viendo que allá en el umbral se encontraba Ray Cope.

Ray Cope no tenía ningún arma en la mano. Estaba de pie, con las piernas ligeramente abiertas en compás y los brazos separados de los muslos.

Elsa se llevó una mano a los labios:

—¡Ray!

Cope entró en la estancia y cerró a su espalda.

—Apártate, Elsa —murmuró.

La joven obedeció lentamente y los dos hombres quedaron enfrentados.

—Tampoco esta vez has podido librarte de mí, Herbert.

Herbert Richard tragó saliva y luego masculló:

—Al parecer, habré de hacerlo yo mismo.

—Sí, Herbert, tendrás que hacerlo tú, pero esta vez habrás de apuntar un poco más arriba.

Herbert miró fugazmente a Elsa y dijo:

—No será para ti, Ray.

—No he venido por ella porque tampoco la merezco. Sólo he querido impedir lo que ibas a hacer tú.

—Siempre haciendo de caballero, ¿verdad, Ray?

—Simplemente me gustaría dejar las cosas como estaban antes de que nosotros apareciésemos en su vida. Todo lo que se refiere a

ella es hermoso y puro. Si nosotros la tocásemos con nuestras manos sería como mancharla. Es algo que tú no puedes comprender.

—Crees ganártela así, ¿eh, Ray? Tus palabras siempre han resultado más emocionantes que las mías. Por eso siempre terminas por apuntarte el éxito, lo mismo que con aquella rubia de San Antonio, pero ahora no va a acabar como tú crees. Voy a vaciarte el cilindro en la barriga.

—De acuerdo, Herbert. Inténtalo.

Herbert Richard llevó las manos lentamente a la chaqueta y la desabotonó. De repente, bajó la derecha como una centella y tiró del revólver.

Se produjo un estampido.

Los dos hombres continuaban en pie mirándose fijamente mientras una voluta de humo de color azulado ascendía hacia el techo.

Ray Cope dobló la pierna izquierda e hizo una mueca de dolor para no perder el equilibrio. Simplemente había sentido una punzada en la herida que días antes le produjo Herbert.

Herbert Richard giró lentamente hacia un lado, y Elsa Mitchell pudo ver en su frente un agujero muy pequeño por el que instantáneamente había escapado su alma.

La joven se cubrió el rostro con las manos y oyó sollozante el golpe seco del cadáver al chocar contra el suelo.

Ray Cope enfundó la pistola y miró hacia Elsa mientras sus labios dibujaban un rictus de amargura.

Se acercó a ella.

—En esa valija están los doscientos cincuenta mil dólares que nos llevamos de Renford —declaró—. Faltan unos cuantos billetes que él invirtió en hacer unas compras. Entrégalo a las autoridades y también puedes decir que le maté yo. —Hizo una pausa—. A las once sale el tren para Santa Fe. Voy a adquirir un billete… Sólo lo utilizaré si no me detienen. Siento que conserves de mí un mal recuerdo, pero tienes motivos para ello. He sido un pistolero, Elsa, algo que uno no se puede quitar de encima en todos los años de su vida, pero, si sirve de algo, puedes estar segura de que jamás volverá a ocurrir. Trataré de encontrarme a mí mismo en otra parte, si es que me dan una oportunidad para ello.

Elsa continuó de espaldas. Entonces, él se dirigió hacia la puerta y volvióse diciendo:

—Te deseo buena suerte.

* * *

Ray Cope consultó su reloj. Faltaban cinco minutos para que saliese el convoy de la estación de Houston. Se encontraba paseando por el andén fumando un cigarrillo. Dio una chupada a éste y lo arrojó al suelo pisándolo con el tacón de la bota.

Luego dio media vuelta y se dispuso a subir al vagón de viajeros. De pronto, una voz femenina gritó a sus espaldas:

—¡Ray!

Volvió bruscamente la cabeza y vio venir hacia él, caminando aprisa, a Elsa Mitchell.

El la esperó, sintiendo que la sangre circulaba más de prisa por sus venas.

Elsa se detuvo ante él y le miró a los ojos.

Hubo una pausa embarazosa entre ambos y, al fin, él preguntó:

—¿Por qué has venido?

Ella bajó los ojos mirándose la punta de los zapatos. Dejó transcurrir unos segundos y, por último, respondió:

—Quería decirte adiós.

Sobrevino un nuevo silencio.

—Cuando tú te fuiste me ocupé de que la señora Edison, mi patrona, recobrase el conocimiento. Ella misma se encargó de avisar a la policía. Al cabo de un rato llegaron acompañados por el *sheriff* de Renford, Danny Larkin.

—¿El *sheriff* de Renford en Houston?

—Sí, alguien aseguró haberte visto hace días.

—Me imagino que habrá sido un tal Johnson, el dueño de la pensión en donde yo me he hospedado.

—No sé su nombre, pero fue así. El caso es que el *sheriff* vino.

—Sin embargo, no me ha detenido y tuvo tiempo suficiente para hacerlo antes de que yo pudiese matar a Herbert.

—Se dio cuenta de que tú no tenías ya el botín. Registró tu habitación mientras estabas fuera, y supuso que si estabas aquí era porque conocías los planes de Herbert. El señor Larkin me lo contó todo.

—Comprendo.

—También me dijo que estaba dispuesto a detenerte antes de que emprendieses el viaje.

En aquel instante, un empleado del ferrocarril gritó desde el último vagón:

—¡Señores viajeros, al tren!

Ray miró hacia la gente que había en el andén.

—No veo al *sheriff*.

—Quizá ha tenido dificultades para venir, pero no creo que tarde en llegar o quizá salga al encuentro del tren en alguna otra estación.

—Sí, es posible, pero de todas formas me marcharé.

La locomotora resopló, preparándose para la salida.

—¿Ray?

—¿Sí?

—¿Qué te dijo Herbert?

—Que tú me querías, pero me di cuenta de que lo decía sin ningún motivo.

La locomotora soltó un pitido, y Elsa respiró angustiada fijando los ojos en el rostro varonil.

—¡Es cierto, Ray! No lo dijo sin motivo… ¡Te quiero!

Cope se pasó una mano por el mentón. Luego murmuró:

—Si te hubiese conocido antes… Ahora creo que es demasiado tarde.

—¿Y si no lo fuese, Ray?

La locomotora dio un tirón y los vagones golpearon unos con otros poniéndose en movimiento.

—¡Se va ya, Ray!

—Tengo que subir. No puedo perder ese tren. Allí me espera una nueva vida, Elsa. No puedo quedarme.

Pasó un vagón junto a ellos, muy despacio, deslizándose lentamente, y luego otro.

—¡Llévame contigo, Ray!

—¿Crees que vale la pena?

—¡Estoy segura, Ray! No vine a decirte adiós, sino a pedirte que me llevases a tu lado.

Ray la miró con el rostro iluminado y, de pronto, la asió por la cintura y la ayudó a subir. Luego saltó él. Era el último vagón.

Los dos jóvenes se abrazaron de pronto y él le cubrió de besos la cara.

FIN